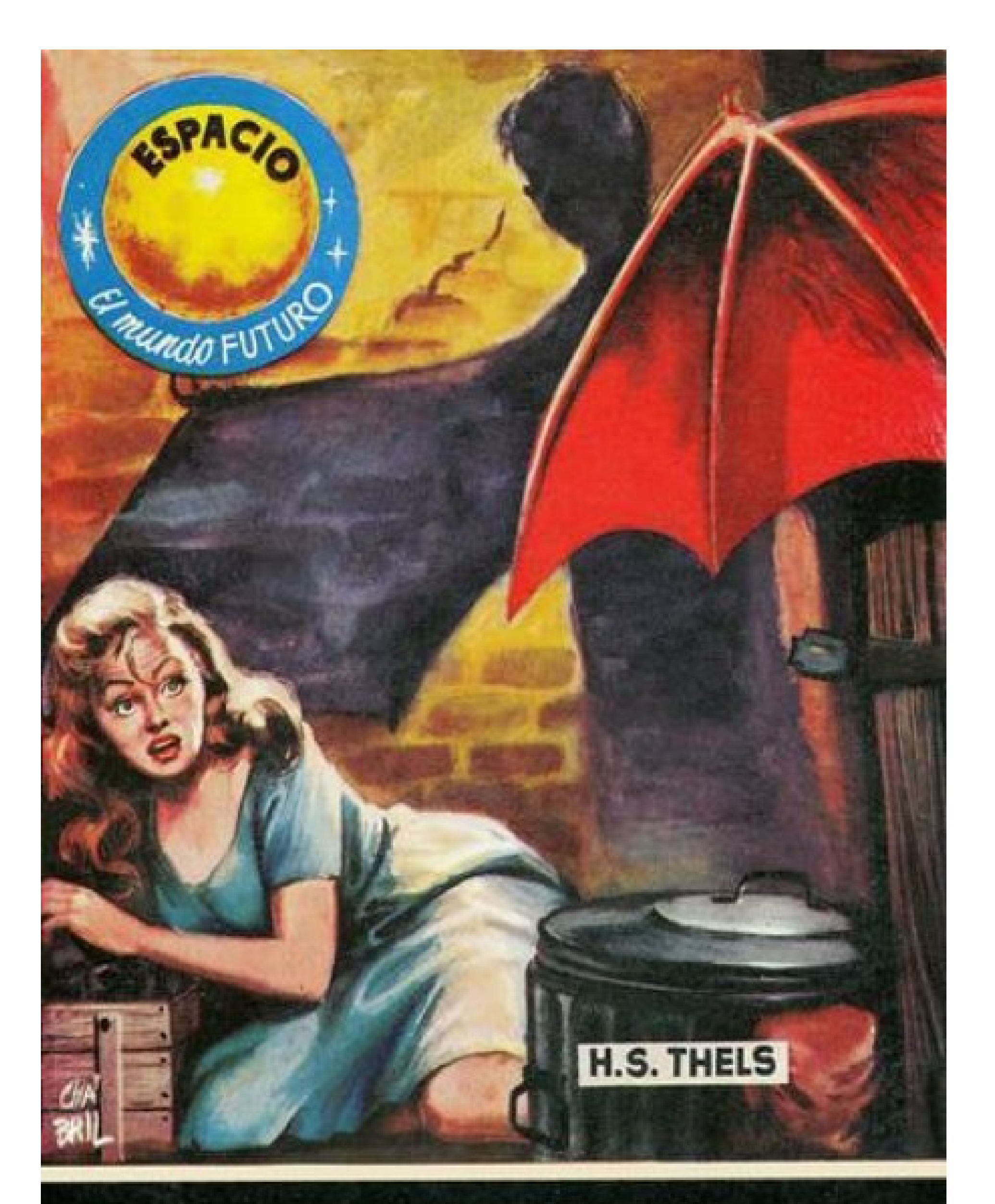


VAMPIRO ESTELAR

VAMPIRO ESTELAR

EEMF Nº 77

Autor: H. S. Thels
UUID: a9517426-4410-4bf3-be10-43176d4bd8b6
Generado con: QualityEbook v0.78

Vampiro estelar

COLECCIÓN
ESPACIO

Vampiro estelar
por
H. S. Thels

O-O-O

EDICIONES TORAY, S.A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta — Pasaje Nuria, 8 — Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

ESCOGIERON la Universidad de Yale y, desde las primeras horas de la mañana de aquel día de agosto, los vehículos de todas clases y formas empezaron a convertir los lugares de aparcamiento en unas manchas cada vez más abigarradas y densas, como si sobre el suelo hubiesen surgido excrecencias multicolores y brillantes, en una curiosa y fantástica erupción.

Parejas de uniformados agentes vigilaban las entradas del pabellón de Historia, que era el elegido para la sesión que iba a celebrarse. Y para los que pasaban ante las puertas era motivo de regocijo y hasta de bromas con los agentes policiacos, cuando leían los enormes carteles que proclamaban por todas partes la exclusividad de sexo de los asistentes a la reunión.

PROHIBIDA TERMINANTEMENTE LA
ENTRADA A LOS HOMBRES

Los peatones masculinos guiñaban picarescamente el ojo a los policías que, por su parte, incapaces de resistir lo chusco de su situación, sonreían solapadamente.

—¡Cuidado, agente! —decía alguno.

—¿Se trata de algún sultán oriental que reúne a sus doscientas esposas en este pabellón para presentarlas entre sí?

Todas aquellas bromas eran tan inocentes como simpáticas. El que la Organización Femenina International se reuniese allí, había naturalmente, llamado la atención general y provocado curiosos y bromistas comentarios.

Pero para los chicos de la prensa, que ocupaban la totalidad de la terraza del bar situado frente a la entrada del Pabellón de Historia, todo aquello empezaba a dejar de ser divertido desde que les habían comunicado que lo de «prohibida la entrada a los hombres» se aplicaba también a ellos y que el único periodista admitido a la reunión era… una mujer: Mary Swimm, de «The Woman's World».

Por eso las miradas envidiosas de los muchachos de la prensa coincidían en Mary que, sentada en una mesa, completamente sola, esperaba pacientemente la hora de entrar en el local.

Dan Fulton se bebió su segundó «whisky» de un solo trago. Luego, volviéndose al del «Herald»:

—Creo que estamos perdiendo lastimosamente el tiempo, Charlie.

—¿Tú crees?

—Deberíamos volver a casa. Aquí no hay nada que hacer.

Charlie miró sonriente a su amigo.

—No te conozco, Dan. Fuiste siempre el último en retirarte.

—Ahora es distinto —confesó el joven—. Nos han engañado miserablemente. Primero nos dijeron que podíamos venir y que la entrada para la prensa era libre; ahora, después de gastos y demás, resulta que los individuos del sexo masculino «han de abstenerse».

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Nada. Volver a Nueva York y recibir, cada uno en, su periódico, su correspondiente bronca. ¿Ves alguna solución?

—Yo no; pero, francamente, la esperaba de tu reconocido ingenio.

—¿Bromeas?

—No. Te conozco demasiado para saber que, a pesar de todo lo que dices, harás lo imposible por llevarte algo para casa. Ya te dije antes que no eres de los que vuelven a la redacción con la película virgen en la cámara y las cuartillas sin estrenar…

—Te equivocas, Weber de mis entretelas. Aquí es muy distinto. Ellas utilizan a los hombres —a los guardias— para prohibir la entrada a los hombres: hombres contra hombres. ¡Si al menos hubiesen utilizado elementos femeninos para la vigilancia!

—Comprendo, Don Juan.

Guardaron silencio.

Charlie no separaba la vista de la periodista que, situada no lejos de ellos, fumaba tranquilamente un cigarrillo.

Dio un codazo a su amigo.

—¡Dani!

—¿Qué?

—¿No podías intentar algo? —y le señaló a Mary con un gesto.

Fulton se encogió de hombros.

—¿No la conoces?

—Apenas…

—Entonces, ciérrala… Es una especie de serpiente; pero, a diferencia de los ofidios normales, tiene, como cree el vulgo, el veneno en la lengua. ¿Por qué no pruebas tú?

—¿Yo? —inquirió el otro, asustado; luego, sonriendo—: Tú conoces a las mujeres mucho mejor que yo, Dan.

—Por eso mismo; porque las conozco, no tanto como dices, pero bastante, sé que con ésa no hay nada que hacer.

—¡Vaya «fiasco»! —exclamó el otro con un profundo suspiro.

Dan no contestó.

La llegada de una serie de señoriales vehículos llamó la atención de todos y la suya. Cuando los coches se detuvieron, las miradas de los periodistas se clavaron en ellos. Una doble hilera de motos impidió el acceso de los que, empuñando las cámaras, corrían ya a obtener cualquier clase de información.

Descorazonados, tornaron a sus puestos en la terraza del café.

—¡Fíjate! —advirtió Charlie—. Esa chica no se ha movido siquiera.

—¿Para qué quieres que se moleste? Entrará luego, cuando lo desee, y obtendrá un reportaje en exclusividad con todas las fotos y sonrisas que precise.

—¡Qué suertaza!

—¿Quieres dejar de lamentarte ya de una vez? —le contestó el otro, irritado.

—Perdona. Fíjate en esa muchacha que baja ahora del «Cadillac». ¿Quién demonios será?

—La señorita Vidal, la presidenta de todo este tinglado.

—¡No está mal la presidenta!

—No tengo humor, en estos momentos, para hacer apreciaciones estéticas, amigo mío. Puedes ver ahora a las «muñecas» que desfilan: señorita Howie, la secretaria general; señorita Irimescu, la delegada rumana; señorita, Anderson, la más fea de todas y, naturalmente, delegada británica…

—¡Una excelente colección de señoritas!

—No adargues los dientes, Weber; pierdes el tiempo lamentablemente. Todas estas preciosidades están dispuestas a hacer la guerra a los hombres con todas las armas.

—¡Quién fuera prisionero de guerra a perpetuidad!

Dan se encogió de hombros.

Fue en aquel instante cuando una mano se posó sobre su brazo y una voz cálida sonó a sus oídos.

—¡No pareces muy contento, «emborronacuartillas»!

Faltón se volvió, sonriendo al reconocer al hombre que se habla acercado a ellos.

—¡Si es James Swain en persona! ¡Siéntate y toma algo, «polizonte»!

Obedeció el otro.

—¿A la caza de noticias, Fulton?

—Sí. Hay que hacer algo en la vida para justificar una existencia. Bueno, éste es mi amigo Weber; un compañero de desgracias…

—Encantado.

James bebió un sorbo del «whisky» que acababan de servirle y clavando su mirada en Mary, que en aquel momento se levantaba, alejándose hacia el edificio de la Universidad.

—¿Estabais distraídos, eh?

—¿Lo dices por ésa?

—¡Tono demasiado despectivo, amigo Fulton! No olvides que te conozco de memoria. ¿Cuándo te ha dado calabazas?

—Puedes creerme. Ni siquiera he pensado en ella. Tú no la conoces: es una pantera con ojos azules. Hoy, siendo la única periodista que está autorizada para entrar en el edificio, ni siquiera me ha mirado.

—¿La conoces?

Dan lanzó una sonora carcajada.

—¿Que si la conozco? Mil veces, ¿lo oyes, James?, mil veces me ha rogado, con lágrimas en los ojos, que le procurase información o fotografías que yo había obtenido en lugares peligrosos. Durante dos años, las fotos que publicaba ese petulante «Mundo de la Mujer», estaban hechas por mi «menda», así como las ideas de la casi totalidad de los artículos que aparecían en sus páginas. Trabajaba doble para satisfacer a esa mujer.

Weber le miró con asombro.

—Nunca me habías contado eso, Dan.

—¡Claro que no! No se lo había contado a nadie…

—¿Y por qué no le has rogado que a su vez te diera información de lo que pase ahí dentro?

—Porque, por aquel entonces, cuando ya era una especie de perrito faldero de la señorita Swimm y la obedecía ciegamente… estaba enamorado como un animal. Hubiese dado cualquier cosa por una sonrisa… En resumen: padecía meningitis de tipo estúpido y de pronóstico gravísimo.

El policía sonrió divertido.

—Ahora entiendo. ¡Cuando yo te preguntaba lo de las «calabazas»! A partir de este instante, admiraré sinceramente a esa mujer.

—¿Por qué? —inquirió inocentemente el otro periodista.

—Porque es una muchacha capaz de resistir el asedio de este pesado, al que han cedido la mayoría por un cansancio irresistible. Es una mujer que merece se le haga una reverencia.

—¡Tú no sabes lo que dices! —protestó Dan.

—Ya sabes que sí…

Una ovación estruendosa, que salió por los ventanales abiertos sobre el jardín de la Universidad, le interrumpió.

Y señalando al edificio.

—Ya han empezado.

—Sí —asintió tristemente Dan—; pero no te hagas ilusiones. Cada vez que oigas una ovación, puedes estar seguro de que nos están poniendo «verdes»…

—Yo me reiría como un loco si las oyese —aseguró el detective.

—Porque no tienes sentido de tu responsabilidad de varón —dijo Dan, con una mueca cómica.

La voz del camarero, que voceaba un nombre por la terraza, les hizo callar.

—¡Llaman al señor Swain…! ¡Llaman al señor Swain!

El detective se puso en pie.

—¿Dónde? —preguntó al camarero.

—¿Es Usted James Swain, señor?

—Sí.

—Al teléfono, por favor.

Dan terminó de beber el contenido de su vaso; luego, al tiempo de acabar de encender un nuevo cigarrillo;

—Me extraña que James esté por estos andurriales.

—¿Por qué? Es posible que se le haya encomendado la vigilancia de

este Congreso femenino…

—¡Bah! Para eso existe otra clase de policías más vulgares.

—¿Este amigo suyo es acaso de clase especial?

—¡Y tanto! ¿Recuerdas el asunto del espionaje en Canadá, cuando los rusos se llevaron la información de la bomba atómica?

—Sí.

—James logró descubrir la mayor parte de la red de agentes. ¡Es un as en su clase! Por eso me extraña que pierda el tiempo entre faldas.

Charlie sonrió.

—A lo mejor resulta que estas muchachas están intentando sublevarse y conquistar el gobierno.

—No digas bobadas. Hace muchísimo tiempo que terminó la Era del Matriarcado.

Weber se puso en pie.

—Me largo, Dan. Si sabes algo que pueda interesarme, ya sabes dónde encontrarme. Estoy en el «Holiday».

—De acuerdo.

Se alejó Weber y Dan le siguió con la mirada.

Era, de todos los periodistas conocidos, el más sincero y franco compañero de profesión. Contrariamente a la mayoría de ellos, que se pasaban el tiempo pensando en la manera de hacer daño a los demás, Charlie, por el contrario, ayudaba a los que, por desgracia, no habían conseguido la información que deseaban.

«Es un tipo formidable —se dijo Fulton—; uno de esos seres que parecerían mejor en el siglo pasado, entre reverencias y besalamanos. Y no en esta asquerosa época.»

El detective salía en aquel momento del interior del establecimiento y se acercó apresuradamente a Dan.

—¿Y tu amigo? —inquirió.

—Se ha ido.

—Me alegro. Vamos.

—¿Adónde?

—No me hagas preguntas. Ya te lo explicaré en el camino.

Cruzaron la calle y James se dirigió hacia un coche de la policía que estaba estacionado en la acera de enfrente.

—Pasa —dijo, abriendo la portezuela del coche.

Luego, una vez sentado al lado de su amigo, hizo un gesto al policía que iba al volante, quien puso en marcha el vehículo, haciendo sonar la

sirena.

Swain esperó a que hubiesen salido del casco urbano para romper el silencio que reinaba entre ellos.

—He tenido suerte, Dan.

—¿Algún asunto bueno?

—Puede ser. Por el momento nos enfrentamos ante algo rarísimo, según me acaban de decir por teléfono.

—¿Se puede saber a dónde nos dirigimos?

—Al aeródromo de Shuley, a diez millas de aquí.

—¿Shuley? Nunca lo había oído.

—No me extraña. Es un terreno privado para los aparatos militares de ensayo.

—¡Arrea! ¿Otra vez un asunto de espionaje?

—Aún no lo sabemos. En realidad, todo lo que me han dicho es que dos aparatos, que estaban junto a un hangar, han ardido esta madrugada, de la manera más rara del mundo.

—¡Interesante!

James miró seriamente a su amigo.

—Ya conoces nuestros convenios, Dan. No publicarás nada hasta que se te autorice a hacerlo.

—O.K. No tengas miedo, polizonte. Lo que me interesa, llegada la hora, es ser el primero en publicarlo.

—Con eso puedes contar; ya lo sabes.

El vehículo, lanzado a toda velocidad, penetraba en aquel momento por la pista principal del aeródromo y fue a detenerse junto a otros coches de la policía, que se hallaban estacionados al lado de unos restos de hierros retorcidos.

Un hombre grueso se adelantó hacia el coche, estrechando la mano de James.

—Soy Andrew Salomon —dijo—, jefe de la policía local.

—Encantado, Salomon.

Presentó a Dan y juntos avanzaron, rodeados por los demás, hasta donde estaban los restos de los aparatos.

Un hombre viejo, vestido con negligencia, pero con un inteligente brillo en sus ojos, se acercó a ellos.

—Es el profesor Barker —presentó Andrew, el jefe del laboratorio de investigaciones de Shuley.

—Encantado, profesor.

Y después de una cierta pausa:

—Desearíamos conocer los hechos.

El viejo tosió, para aclararse la voz, y bajando la mirada, como si las puntas poco brillantes de sus puntiagudos zapatos llamasen toda su atención, empezó a hablar, con voz cansada, como alguien que repite por enésima vez una historia que empieza a ser, por sabida, fatigosa.

—El servicio de vigilancia del campo —dijo— no observó nada anormal y la alarma se produjo cuando los depósitos de oxígeno de los prototipos estallaron. Por desgracia, los servicios de extinción llegaron demasiado tarde. En realidad, estos aparatos arden con extrema facilidad.

—¿No se descubrió la presencia de alguien ajeno al campo? —inquirió James.

—No, en absoluto. Ya le digo que nadie entró anoche. Las catorce personas que vivimos aquí durante la noche, ya que los pilotos y mecánicos vienen por las mañanas, estábamos reunidas, excepto los dos guardianes, en un pabellón, cuyas puertas están herméticamente cerradas.

—¿La llave?

—La tienen los vigilantes. Fue un sistema que impuse yo, para mayor seguridad de los que aquí vivimos. Cuando deseamos salir, en caso extraordinario, nos vemos obligados a llamar por teléfono a los vigilantes, que abren entonces la puerta.

—¿Y las ventanas?

—Son del tipo de las que se no se abren jamás. Tenemos aire acondicionado en el interior del edificio.

—¿El tejado?

—No hay comunicación con él.

—¿Chimeneas?

—No existen.

—Perfectamente. Siga su relato, por favor.

—Cuando los vigilantes se percataron de la catástrofe, fueron en nuestra busca e hicimos cuanto pudimos por extinguir el fuego que, al cabo de unos minutos, había consumido los dos aparatos.

—Alguien pudo penetrar en el recinto.

—Imposible. Una doble hilera de alambradas eléctricas y aparatos de alarma impiden el paso de cualquiera. Ninguna de las señales sonó y tampoco se ha observado anormalidad alguna en el funcionamiento de las alambradas…

—Comprendo…

Los ojos del profesor brillaban intensamente.

—A pesar de todo —agregó, frotándose las manos—, he descubierto algo que considero interesante.

—¿De qué se trata?

Hurgó en los bolsillos, extrayendo de uno de ellos un trozo de metal azulado, que tendió al detective.

—He encontrado esto entre los aparatos destruidos.

—¿Qué es? —preguntó, al cabo de unos instantes,

—No lo sé —fue la inesperada respuesta.

Swain enarcó las cejas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no conozco eso —replicó el profesor—. La única cosa que puedo afirmar es que no existía ese trozo de metal en ninguno de los aparatos siniestrados.

—¿Por qué está tan seguro de ello?

—Muy sencillo. PORQUE ESE METAL NO EXISTE EN LA TIERRA.

Capítulo II

EL detective miró al profesor de una manera tan curiosa, que Fulton hubo de hacer un poderoso esfuerzo para no soltar la carcajada que le picoteaba en la garganta.

Barker se dio perfecta cuenta de la incredulidad que se pintaba en el rostro de su interior, no sonrió al decir:

—No me extraña su manera de reaccionar, señor Swain. A mí me ocurriría lo mismo.

—Comprenderá usted, profesor…

—Lo comprendo todo. De todas maneras y como he hallado otros trozos, que mis ayudantes siguen examinando con el microscopio metalográfico y analizando, le autorizo a que guarde ese trozo y al mismo tiempo le invito a que lo haga ver a quien desee. Ningún hombre de ciencia, dudará en corroborar mi afirmación.

James tragó saliva con dificultad.

—Usted me perdonará, profesor. Yo no entiendo nada de metales; pero, ¿no es posible que sea una nueva aleación que usted desconozca?

Barker sonrió, y con tono condescendiente:

—Nada de eso, muchacho. Este metal es completamente desconocido, aunque se parece algo a nuestro aluminio… Va usted armado, ¿verdad?

—Sí… —repuso el otro, con sorpresa.

—Deme el trozo ése. Mire, en realidad parece aluminio. Se dobla con facilidad, a la simple presión de los dedos de la mano. Saque su revólver, por favor.

James obedeció.

El profesor colocó el trozo de metal en el suelo y volviéndose al detective:

—Tire sobre él, se lo ruego.

Se retiraron todos y Swain hizo fuego, disparando nuevamente a un gesto del profesor.

Cuando vació el cargador, Barker le señaló el metal.

—Ni la menor marca, como todos podrán darse cuenta. ¡Cójalo, por favor!

James e agachó, tomando el metal entre sus dedos.

—Intente doblarlo; como antes lo hizo.

No lo logró. El pedazo pasó de mano en mano y no hubo nada que hacer para flexionar su formidablemente fuerte estructura.

—¿Qué quiere decir esto? —inquirió Fulton, que habla permanecido hasta entonces en silencio.

El profesor le miró seriamente.

—Si lo supiese —dijo—, habría logrado desentrañar parte del misterio que se nos ha presentado.

Intervino James.

—Creo que puedo explicar algo, profesor. Es posible que hayan lanzado una especie de bomba desde el aire, para destruir los aparatos.

—¿Quién?

—Eso no lo sé; pero desde luego…

—Ya comprendo. Usted cree que un avión perteneciente a una potencia enemiga nos ha bombardeado esta noche, ¿no es verdad?

—Eso es lo que estaba pensando.

—¿Olvida usted el radar? La vigilancia en el territorio de los Estados Unidos como usted sabe tan bien como yo, no permitiría que nadie volase sobre ellos sin que la alarma fuese dada inmediatamente.

—¿Entonces?

—Eso es, desdichadamente, lo que todos nosotros nos preguntamos, señor Swain.

—Pero aun en el caso de que estuviese usted en lo cierto, si una nave procedente del espacio exterior hubiese llegado hasta aquí y bombardeado, ¿qué hubiera hecho el radar?

—No lo sabemos. Ya he probado este trozo de metal ante una pantalla de radar.

—¿Y qué?

—Que lo ha señalado como si se tratase de cualquier otro objeto.

—¡No lo comprendo! ¿Tampoco podían haberlo lanzado desde el otro lado de las alambradas?

—No. Entre los sistemas de señales que nos protegen, hay una infinidad de células fotoeléctricas que denotan la presencia de cualquier objeto por encima de las alambradas, hasta una distancia de once kilómetros de altura, en la zona en la que el radar general detectaría la presencia de cualquier aparato o proyectil.

James suspiró profundamente.

—Me rindo, profesor; al menos por el momento.

—Eso me gusta mucho más, amigo mío.

—Creo que todas nuestras investigaciones han de esperar el resultado de los análisis de ese metal. ¿No es así?

—Sí. Dos trozos han salido para Washington; el resto está siendo sometido, en nuestros laboratorios, a un examen detallado y minucioso. En cuanto hayamos llegado a una conclusión provechosa, se lo comunicaremos.

—¿Han observado el terreno en busca de huellas, Salomon? —inquirió el detective, volviéndose hacia el jefe de la policía local.

—Hemos pasado todo el rastrillo, señor. Nada.

—Está bien. Ocúpese de que nadie salga de esta base hasta que Washington lo autorice.

—A sus órdenes, señor.

* * *

Sentado en la terraza donde había pasado la mañana, Dan intentaba ordenar el caos de ideas que bullían en su cerebro.

James le había ordenado que no facilitase, por el momento noticia alguna a su periódico; pero Fulton amaba su profesión hasta lo indecible y preparaba ya, «in mente», los titulares que llenarían las primeras páginas del diario.

«¿La tan temida invasión espacial?»

«¿De qué mundo proviene el misterioso trozo de metal?»

«¿Nos bombardea Marte?»

Era demasiado extraordinario todo aquello para poder concebirlo sin una sonrisa de incredulidad.

Encendió un cigarrillo y, sin darse cuenta, lanzó una nueva ojeada al edificio de la universidad, de cuyos amplios ventanales surgían chorros de luz y rumor de conversaciones.

«¿Por qué demonios he vuelto aquí?» —se preguntó.

Pero, casi enseguida, sonrió tristemente.

No podía hacer nada para evitarlo.

Seguía tan enamorado como al principio de aquel diablo con faldas que era Mary Swimm. El mismo delicioso veneno de siempre le consumía por dentro y la verdad de su presencia en la terraza del café estaba clara como el agua.

Quería verla, anunciarla el reportaje fantástico que tenía entre manos y prometerla, como siempre, toda la información que él preparase para que ella triunfase en su revista, haciendo morir de envidia a periodistas que jamás habían comprendido de qué lugar sacaba Mary sus fabulosas informaciones.

Él hubiese dado cualquier cosa porque ella le hubiera escuchado; pero, desde la última vez que le expresó claramente la clase de sentimientos que albergaba hacia ella, Mary no le había dejado tocar aquel tema, dejándole con la palabra en la boca cuando él había intentado sacar a relucir sus palabras de amor.

Estaba seguro de que era su fama de Don Juan la que había creado aquel abismo entre él y la muchacha y que, en el fondo, no era más que una de las facetas de su juvenil y risueña personalidad.

Las puertas del edificio se abrieron y un torrente de mujeres salió hacia los vehículos estacionados en los aparcamientos. El rumor de las conversaciones subió fuertemente de tono.

Algunos periodistas, que esperaban ansiosamente aquel momento, corrieron para fotografiar a las damas importantes de aquella reunión.

—¡Banda de cretinos! —rugió Dan—. ¡Hasta dónde llegan a rebajarse!

Le dolían aquellas sonrisas tan burlones como afectadas que ornaban los labios de las mujeres, bajo los relámpagos cegadores de los «flash»; sonrisas que querían decir el desprecio hacia aquellos «varones», que se habían visto obligados a contentarse con las sobras de la información.

Puesto en pie, Dan vio a Mary, más linda que nunca, con su cartera bajo el brazo y su cámara en bandolera, Ella, que también le vio enseguida, se acercó sonriente a él.

¡La misma sonrisa de conmiseración!

Tragó saliva el joven y le ofreció un asiento, donde ella se dejó caer

con un suspiro.

—¡Qué trabajo, Dios mío! ¡Qué información!

Le miró de reojo, estudiando su expresión, como si estuviese gozando de una tortura china.

—¿Quieres beber algo?

—Sí. Tengo sed… y un apetito formidable.

—Podíamos ir a cenar, si te parece.

Ella le sonrió como antes.

—¡Cuánta amabilidad, «señor periodista»! Francamente, no te conozco.

Frunció él el entrecejo.

—¿No vas a insinuar que es la primera vez que comemos juntos?

—No; pero hoy es diferente.

—¿Por qué?

—¿Y me lo preguntas?

Molesto, Fulton dio a su voz un tono también sarcástico.

—¿Crees que hago todo esto por obtener las migajas que caigan de tus cuartillas? No lo creas, Mary; poseo una información que haría morir de envidia al director de «Life».

—¿Sí? —inquirió ella incrédula.

—Te aseguro que se trata de algo tan misterioso y tan espeluznante a la vez, que te pondría los pelos de punta.

—Ya sabes que mi revista no cultiva el género sensacional en lo criminal. Lo siento, Dan; no me interesa,

—¿Eh? ¿Pero crees que estoy intentando cambiar mi información por las divagaciones de medio centenar de solteronas histéricas?

Ella le lanzó una mirada furiosa.

—Había olvidado tu mala educación, Dan…

Y poniéndose en pie.

—Me voy.

Él la tornó por el brazo y con una mirada suplicante:

—Perdona, Mary; en realidad, has sido tú quien me ha sacado de mis casillas…

Ella volvió a sentarse, aparentando hacerlo de mala gana.

—Es verdad lo que te he dicho antes, preciosa. Poseo una información tan fantástica, que ni el mismo F BI ha dado crédito a lo ocurrido.

Y viendo una luz curiosa en los bellos ojos de ella.

—¿Te imaginas —agregó, bajando la voz— lo que ocurriría si «alguien» hubiese llegado, DESDE FUERA?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a los posibles habitantes de otro planeta

Ella, sin poderse contener, lanzó una risa francamente burlona y divertida.

—¿En qué cine has estado esta tarde, Dan?

—En ninguno. Puedes pensar lo que quieras; pero lo creas o no, alguien nos ha visitado.

—¿De dónde llegaba? ¿Quién era?

—Eso es lo que yo querría saber. Escucha.

Y le explicó lo acontecido, con todo detalle; luego, al terminar:

—Naturalmente, Mary, no dirás ni una sola palabra de todo esto. James no me lo perdonaría jamás.

—¿Quién es?

—Mi amigo Swain, del F B I.

—¿Swain? ¡Si se llama casi como yo!

—No te hagas ilusiones, pequeña; no sois parientes.

—Muy gracioso.

Guardaron silencio unos instantes.

—¿Vamos a cenar por ahí? —insistió él.

Ella estaba mucho más animada a complacerle que hacía un rato. En el fondo, creía solamente en parte lo que Dan le había contado, ciñendo que todo lo de «probables visitantes extraterrenos» era de su propia y pura invención.

Pero, por encima de todo, Mary no dejaba de apreciar a aquel muchachote por el que, en algunas ocasiones, había creído experimentar sentimientos amorosos.

* * *

Thomas O'Craig acababa, como todos sus compañeros, de soportar el largo discurso que les había dirigido el «jefe»: Andrew Salomon.

Les había hablado largamente, repitiendo hasta la saciedad una serie de instrucciones que, de tanto oírlas, había acabado per entender difícilmente.

Thomas recordaba algo así:

«Un asunto gravísimo había tenido efecto en la base aérea de Shuley. Lo ocurrido, en esencia, no importaba más que a los «peces gordos» —entre los que, naturalmente, se colocaba Andrew—. Por otra parte, del

celo y la vigilancia general dependía que la investigación marchase por buenos derroteros y que él —Andrew— no se viese obligado a sonrojarse ante el inspector que había enviado el FBI. Si tal cosa llegaba, desgraciadamente, él, Andrew, repartiría palos a diestra y siniestra, sin consideraciones de ninguna clase.»

«El asunto no era de robo, ni asesinato, sino que podía calificarse de «boicot» y «sabotaje» a las instalaciones gubernamentales. En cuanto a los posibles realizadores de tal escándalo, él, Andrew, creía que lo mejor era dejarlo…»

«La mentalidad —había dicho, por último— de un simple agente de policía no está, ni mucho menos, a la altura suficiente de esos problemas misteriosos que yo, Andrew Salomon, conozco gracias a mis desvelos y mis estudios.»

Y eso había sido todo.

Thomas, como los otros, había salido del cuartelillo echando pestes contra todos los Salomon, se llamasen Andrew o no. Y como estaban acostumbrados a padecer ignorancia en cualquier asunto, del que jamás lograban saber nada, aunque detuviesen a los culpables, se lanzaron a la calle, cada uno a su sector, para pasar la noche en la soledad que un buen agente debe mantener como un orgullo.

Quizá algún día, como ocurría tantas y tantas veces, podrían enterarse, leyendo los periódicos, que habían estado interviniendo en un asunto de alcance nacional o, por el contrario —y eso era lo más frecuente—, persiguiendo a un pobre empleado de banca que había tenido la desdicha de soñar despierto, pretendiendo la mano de la hija del director.

Como descendiente de un buen irlandés, O'Craig gozaba de una serenidad a prueba de bombas. Así, colocándose bien el correaje y silbando una melodía en boga, empezó a dar vueltas por las calles que formaban su sector, deteniéndose, cada dieciséis minutos, para cambiar unas palabras con el agente Morton, con el que coincidían, en el extremo de Main Street, donde colindaban sus respectivos sectores.

—¿Sin novedad?

—¿Qué quieres que pase, Morton? Si han hecho algo en el aeródromo, no van a estar paseándose por aquí, en espera de que les pidamos la documentación.

—A veces los delincuentes son muy audaces.

—Eso sólo ocurre en las novelas policíacas. Hasta luego, amigo.

Y Thomas, con la misma melodía en los labios, u otra parecida,

continuaba su ronda, sonriendo al ver pasar a alguna muchacha bonita o frunciendo el entrecejo al tropezarse con algún hombre que empezaba a andar de manera inequívoca.

La noche era espléndida y O'Craig lo pasaba bien.

Conocía cada rincón de su sector, así como a todos los habitantes y sus costumbres. Así, al pasar ante la joyería de Wells, saludó al viejo judío, que había vuelto de su casa para apagar definitivamente el escaparate.

Estuvo a punto, como otras muchas veces, de decir a aquel hombre que existen los relojes conectados a la luz y de que por muy poco dinero podría evitar aquel molesto paseo desde el otro extremo de la ciudad, especialmente engorroso en las noches desapacibles.

Pero no dijo nada, limitándose a dar las buenas noches, porque sabía mejor que nadie que Wells era incapaz de irse a dormir, lloviese o nevase, sin echar una última ojeada a la caja de caudales donde encerraba mucho menos de dos mil dólares en ridícula bisutería.

—¿Cómo va eso, O'Craig?

—Bien, Morton. No vas a decirme que esperaos algo, ¿verdad?

Morton era un «novato» y llevaba demasiado poco tiempo en el cuerpo para conocer las noches de tedio y de monotonía de las rondas.

—Yo… —dijo— no sé. Estoy nervioso. Ésa es la verdad.

—Pues cálmate, muchacho. Regresarás a tu casa sin que nada haya ocurrido. ¡Ya te irás acostumbrando!

—Está bien, señor. Seguiré su consejo.

—Adiós, Morton.

—Adiós, señor O'Craig.

Thomas se alejó silbando. Luego, callándose bruscamente, oyó que el otro se iba también entonando una canción.

—Será como nosotros antes de un par de semanas —sonrió.

Pasó ante la joyería de Wells, giró a la izquierda, como siempre y empezó a caminar por la oscura Start Road, que daba a la parte posterior de la universidad.

El alarido le hizo pararse en seco.

No esperando nada extraordinario, tardó bastante en reaccionar. Por otra parte, el silencio que sucedió al grito humano que acababa de oír fue tan intensamente extraño, que Thomas, por un momento, creyó haber padecido una alucinación; algo producido en su propio cerebro.

Sin embargo, cuando los pocos balcones y ventanas del final de la

calle empezaron a abrirse, asomándose a ellos las siluetas nocturnas de sus habitantes, que preguntaban en voz alta lo que había ocurrido, O'Craig terminó por reaccionar, corriendo hacia el fondo de la calle, al tiempo que esgrimía su revólver de reglamento, que habla sacado precipitadamente de su funda.

El cuerpo estaba tendido en plena calle.

La luz que procedía de las casas vecinas, cuyas ventanas se habían iluminado, permitió al agente percatarse de que se trataba de una mujer. Luego, cuando los curiosos empezaron a rodearle, se irguió y con voz sentenciosa;

—No se acerquen, por favor. ¿Quiere alguno de ustedes llamar a la policía?

Capítulo III

DÓNDE está el cadáver?

El policía uniformado se cuadró, al reconocer a Swain, señalando respetuosamente hacia el fondo del pasillo.

—Allí, en la «morgue» señor inspector.

James penetró en tromba en la sala de disección.

Alrededor de la mesa, Salomon, un poco apartado y otro policía, de cabellos rojos y en uniforme, observaban los manejos del médico y sus dos jóvenes ayudantes,

Al verle, Andrew se adelantó, ceremonioso como siempre.

—¡Buenas noches, señor Swain!

—Buenas, amigo mío. ¿Se ha corroborado la identidad que me anunció por teléfono?

—Desdichadamente, sí; se trata de la señorita Vidal, la presidenta de la Organización Internacional Femenina.

Señaló James a los médicos.

—¿Les queda mucho?

—No han hecho nada más que una observación general, señor. Deseaban hablar con usted antes de seguir su tarea. ¡Doctor Cobler!

El hombre, que hasta entonces había estado de espaldas, se volvió. Era mucho más joven de lo que James había creído al principio; pero estaba encorvado y bastante envejecido prematuramente.

—Éste es el inspector federal del que le he hablado, doctor.

Se inclinó el otro, sin extender sus manos enguantadas y manchadas de sangre.

—Encantado, señor. El caso es ciertamente de lo más curioso que he visto. Haga el favor de echar una ojeada.

Swain se acercó a la cama de operaciones.

—¡Qué delgada está!

En efecto: el cuerpo de aquella mujer parecía consumido y la piel se adaptaba a la estructura de los huesos de una manera espeluznante, como suele ocurrir en la mayoría de las momias desenterradas en las excavaciones arqueológicas.

—¡Juraría que no estaba así cuando la vi esta mañana!

—No estaba así —afirmó el médico.

—¿Usted la vio también?

—No. No hace falta que la hubiese visto. Fíjese en esos dos orificios a la altura del cuello.

Parecían mordeduras de rata.

—¿De qué se trata?

—Esos dos orificios coinciden con las carótidas. Quien agredió a esta infortunada mujer LE CHUPÓ LA SANGRE.

James tragó saliva con dificultad.

—¿Quiere usted decir, doctor, que se trata de un… vampiro?

—Llámelo como quiera, inspector; eso es lo que realmente tiene menos importancia. El hecho es que esta pobre criatura fue asaltada por un ser dotado de una trompa de succión bífida, que aplicó a sus carótidas, dejándola exangüe.

Swain se pasó la mano por la frente, no extrañándose lo más mínimo de encontrar la piel sudorosa y fría.

—Por favor, doctor, serénese.

El otro enarcó las cejas.

—¿Serenarse? ¿Qué quiere usted decir? ¿Que estoy nervioso? ¿No será su caso, amigo mío?

—Perdone. Al decir que se serenase, deseaba rogarle que no se aventurase en sus hipótesis.

—El único que ha calificado al agresor ha sido usted, señor. Recuérdelo.

James se dio por vencido.

—Está bien —dijo—. Empecernos por el principio. Esta mujer ha

sido agredida y se le ha sacado la sangre…

—«Suc-cio-na-do», es preferible.

—Está bien; está bien. Le han succionado la sangre. Ahora escuche, doctor: ¿es posible succionar la sangre mediante un aparato?

—No en plena calle. El aparato, además de engorroso, es bastante complicado.

—De acuerdo. Otra pregunta y haga el favor de contestarme con tiempo. ¿Conoce a algún ser vivo capaz de hacer lo que han hecho a esta mujer?

—No.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

—Que es absurdo pensar en los murciélagos de tipo «vampiro». Primero, su «picotazo» o «mordisco» es mucho más pequeño; segundo, y más importante, ningún animal podría ingerir de un SOLO GOLPE la cantidad de sangre que tiene un ser humano; es decir, alrededor de CINCO LITROS.

—¿Y si hubiesen sido varios animales?

—Jamás hubiesen mordido en el mismo sitio; además, aunque hubieran podido hacerlo, en el intervalo entre uno y otro, siguiendo su fantástica e inverosímil hipótesis, la sangre hubiese fluido de las arterias heridas, cayendo sobre la mujer y el suelo de la calle. Ahora bien, NO SE HA HALLADO NI UNA SOLA MANCHA DE SANGRE.

El sudor se acentuó en la frente de James.

—Comprendo perfectamente, doctor. Y ahora que ha colmado usted tan amablemente las lagunas de mi ignorancia, ¿querría decirme lo que piensa de todo esto?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada. Ignoró, en absoluto, el mecanismo de que se han servido para realizar este extraño crimen. Y tampoco puedo decir si ha sido, llevado a cabo por algún animal o criatura que no conocemos…

Swain recordó las palabras que aquella mañana había pronunciado el profesor Barker, de la base de Shuley.

—Está bien. Espero que realizará un trabajo a fondo con ese cadáver y que tendrá la amabilidad de enviarme un informe en cuanto lo tenga redactado.

—Bien, señor.

—¿Vamos, Salomon?

Salieron seguidos por el pelirrojo.

Una vez en el pasillo, Andrew tocó ligeramente la manga de James.

—Éste es el agente que descubrió el cadáver, míster Swain. Se llama O'Craig.

James miró curiosamente al irlandés.

—¿Puede decirnos algo nuevo, O'Craig?

—Solo lo que ya he dado en mi informe, señor inspector. A partir del grito…

—¿Gritó… esa desdichada?

—Fue algo espantoso, señor. Como si acabase de ver uno de esos monstruos de los que han estado hablando ustedes.

—Muy bien, O'Craig; enhorabuena.

—Gracias, señor.

* * *

Cuando, a la mañana siguiente, Dan se sentó en la terraza del bar, dispuesto a contemplar una vez más el desfile de las hermosas mujeres que asistían al Congreso y, entre ellas a Mary, su semblante era mucho más jovial y risueño que el que ofrecía el día anterior.

Ésa fue la primera observación que le hizo el rubicundo Weber, al dejarse caer a su lado.

—¿Buenas noticias, Dan?

—¿A qué te refieres, amigo?

—Tienes muy buen aspecto.

—¿Ah, sí? Debe de ser el aire que se respira aquí. Y tú, «cher colégue», ¿has conseguido alguna información?

—No. Espero las migajas de todo lo que ocurra aquí. Habré de conformarme con eso.

Y levantándose.

—Tengo una cita importante; te dejo.

Se alejó y Dan lo siguió con la mirada.

—¡Es un buen chico! —dijo en voz alta.

—¿Quién? No estarás hablando de ti, ¿verdad?

—¡Hola, princesa! Te esperaba impaciente, hace rato.

—¿De verdad? Pues ya pueden empezar a nutrirme. No estamos en la edad romántica, Romeo. Para conquistar a una mujer, hay que empezar por llenarle el estómago: las palabras dulces son más «digestibles» como postre.

James llamó al camarero, que tomó las peticiones ele ambos

jóvenes.

—¿Has dormido bien, Mary? —inquirió él.

—Regular. Me hiciste soñar con toda clase de monstruos interplanetarios: marcianos de dos cabezas, venusianos con tres manos y jovianos de mil metros de altura…

—¡No digas bobadas! Y, sobre todo, no vayas a olvidar que, por el momento, la información que te di es completamente «tabú».

—De acuerdo, Nerón.

—Oye. ¿No es ése el título de una película?

—Puede que sí; pero no importa. Para mí, tú serás siempre una especie de Nerón.

—Gracias.

—De nada.

La llegada del camarero interrumpió la charla, que no volvió a reanudarse hasta que Mary se pintó nuevamente los labios.

—¿A qué hora empiezan hoy los discursos «antivarón», Mary?

—¡Qué equivocados andáis los hombres! ¡Y qué pretenciosos sois! ¿Crees, amigo, mío, que nos pasamos el día, de ayer hablando de vosotros?

—Apostaría la cabeza a que sí.

—Pues la perderlas; aunque la humanidad ni siquiera lo notase.

—Muy amable.

—Agradecida. Sabrás, Gran Sabio Varonil, que en la sesión del día de ayer, el Comité Femenino Internacional no dijo absolutamente nada del sexo llamado fuerte, cuyo nombre no se mencionó en ningún momento.

—Me agradaría conocer el tema que se trató.

—No va a pasar nada con que te diga el título de las ponencias que se discutieron; aunque, antes de hacerlo, he de advertirte que no soy tan tonta como crees.

—Yo no creo eso.

—Pero lo piensas. Me estás tentando, como lo harías al más novato de los periodistas, para tirarme de la lengua y que te procure una información gratuita.

—¡Estás muy equivocada si piensas así!

—Mejor que mejor. Bueno, a lo que íbamos: el título de la ponencia principal, en el día de ayer, fue el de «La mujer en la arquitectura». ¿Satisfecho?

Dan rio de la mejor gana del mundo.

—¿La mujer en la arquitectura? ¡Qué gracia!

—Yo no le veo la gracia.

—Yo sí. Me imagino que se discutirla, entre otras cosas, de «La mujer como ornato dentro de la arquitectura». ¿No fue así?

Ella le lanzó una mirada llameante.

—¡No fue así! Pero, si me hubiesen dejado hablar a mí, habría dicho la conveniencia de tener en toda casa moderna la cabeza disecada de algún hombre como tú. ¡Seguro que sería el mejor adorno para una sala de estar!

—¿No cree usted que eso sería excesivo, señorita?

Ella volvió y Dan también levantó la cabeza.

—¡Hola, James! —saludó.

Y señalando a la joven.

—La señorita Swimm, una buena amiga mía.

—Encantado, señorita Swimm, Aunque eso de «buena amiga», con las ideas que le acabo de oír, me parece algo exageradillo.

.Se sentó al lado ele su amigo.

Mary dijo:

—Creo que debo dejarlos. La sesión va a empezar de un momento a otro.

El detective la miró con curiosidad; luego, sonriendo.

—No tenga prisa, señorita. La sesión se ha aplazado hasta las doce.

Ella frunció el entrecejo.

—¡Es imposible!

—Cuando yo sé lo digo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Qué motivo ha podido retrasar la reunión? —lanzó una mirada al edificio—. Aunque, en realidad, debe de estar usted en lo cierto. El coche de la presidenta debía haber llegado ya.

El buen olfato de Dan le hizo mirar fijamente a su amigo.

—¿Ha ocurrido algo, James?

—Sí.

Y volviéndose hacia Mary.

—Siéntese, por favor, señorita. Es usted periodista, ¿verdad?

—Si.

—Pues voy a darle una noticia, ya que es obligado que todo el mundo la sepa. Porque, en realidad, la gente lo sabe ya y es inútil ocultarlo por más tiempo.

—¿De qué se trata?

—La señorita Vidal, la presidenta, fue asesinada anoche.

—¡Oh!

—¿Asesinada? —inquirió Dan—. ¿Cómo? ¿Por quién?

—No lo sabemos aún. El crimen es bastante raro; tan raro que no puedo permitirme decir nada de él. Eso queda en secreto por el momento.

—¡Es horrible!

—Si, señorita; es horrible y hasta espeluznante, si usted quiere.

—Pero ¿quién ha podido ser el malvado que haya cometido ese asesinato? La señorita Vidal era la bondad personificada y sus ideas eran las más hermosamente constructivas que he conocido en mi vida. No creo que haya sido alguien que esté en contra del Congreso.

James meneó la cabeza de un lado para otro.

—No. No hay que llevar las cosas hasta un extremo tan agudo como ése. No creo que haya nadie que vaya en contra del Congreso, sino es en broma, como lo hacen la mayoría de los hombres que conocen su celebración. Por el contrario, fuera de los artículos chuscos que he leído en la prensa de esta mañana —y miró a Dan—, el resto de los periódicos hablan del Congreso con todo respeto.

Ella se había percatado de la mirada del detective. Y encarándose con Fulton, murmuró:

—¿Has escrito algo de inconveniente contra el Congreso, Dan?

—¿Yo?

Y lanzó una mirada de reproche a su amigo.

El detective gozaba íntimamente de aquella situación.

—¿Has escrito algo? ¿Sí o no?

—No hagas caso, preciosa. Sólo un minúsculo e intrascendente comentario.

Ella se volvió hacia el detective.

—¿Tiene usted ahí el periódico que ensucia este tipo?

Sonriendo, James se lo tendió.

Mary buscó en primera página, no tardando en encontrar la firma del otro.

Y leyó en voz alta:

—«Hoy ha abierto la universidad sus puertas a la más hermosa promoción que jamás pobló sus aulas austeras. Desde la barricada que habíamos establecido en un café, frente al edificio, pudimos contemplar

un espectáculo único en su género. Infinidad de damitas luciendo trajes de los mejores modistos, mezclaron los perfumes más conocidos y sus más encantadoras sonrisas. Por primera vez, desde que el mundo es mundo, vimos, con la natural sorpresa, que no se devoraban con la mirada, que olvidaban las críticas de tal tela o tal detalle, demostrando que las mujeres, en el fondo, están muchísimo más unidas que nosotros.

»Todo era miel sobre hojuelas. Las risas salían por los ventanales como cohetes de alegría sana. Y hasta el perfume de los árboles del parque hubo de ceder, avergonzado, al «Chanel», «Sueño de Amor», «Tabú», «Pasión», «Brisa Discreta», que exhalaban ellas…

»¡Lástima, mis queridos lectores, que la reunión no se hubiese celebrado en una monumental piscina! En el agua se pueden lavar las ofensas mucho mejor que en otra parte. Además tal espectáculo nos hubiese hecho apreciar, de una manera más cierta, lo que adivinamos en la perfección de los modelos que salían de los regios vehículos…»

Había enrojecido y devolviendo el periódico al policía, se volvió hacia Dan, que no sabía qué posición tomar.

—¡Eres el mismo monstruo de siempre! ¡Nunca más te dirigiré la palabra! ¡Adiós, señor Swain!

Capítulo IV

NORTON inició su patrulla aquella noche bajo el efecto deprimente de lo que había ocurrido la anterior.

Fue el primero, después de O'Craig, en llegar junto al cadáver de la muchacha.

Y no podía olvidar, ni un solo instante, el horrible espectáculo del que había sido testigo.

Creyendo en su compañero, como todos los nuevos creen, a pies juntillas, en los veteranos, se había confiado demasiado en la serenidad que un buen agente de policía debe observar siempre, ocurra lo que ocurra.

Pero, cuando pudo comprobar por sus propios ojos la palidez mortal del rostro de Thomas, sus temblores y su azoramiento ante el cadáver de aquella mujer, comprendió que existe una gran diferencia en lo que un veterano puede decir y en lo que es la realidad.

Había recibido especiales y serias instrucciones de sus jefes, de manera a que no hablase con nadie ni que dijese lo que se había hablado en la sala de autopsias.

Y era aquello, precisamente AQUELLO, lo que le paralizaba de horror cada vez que lo pensaba.

Hasta entonces, jamás había paseado, durante su ronda nocturna, con la mano sobre la culata de su revólver de reglamento, ni había

mirado, con tanto interés —y temor al mismo tiempo— a los peatones que cruzaba en su camino.

Ellos no sabían, ni pensaban siquiera, que un horrible monstruo, un vampiro espantoso, rondaba por la ciudad. Un ser capaz de vaciar la sangre de un humano en un periquete.

Porque, desde el momento en que O'Craig había oído el grito de la víctima —lo que demostraba que estaba aún viva y bajo el efecto de la terrorífica aparición—, hasta que llegó junto a ella, no pasó más que de un espacio de dos minutos (así había razonado el inspector del F.B.I. Lo que demostraba, de una manera indiscutible, que el vampiro había logrado dominar a su víctima y conseguido sacarle la totalidad de la sangre en tan escaso tiempo.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Sentía envidia por los nocturnos transeúntes que se cruzaban con él. Ellos, al menos, ignoraban el horrible peligro que planeaba sobre la ciudad. Y, al decir «planeaba», aquella palabra tenía para Morton una significación exacta, ya que para él, el vampiro monstruoso se identificaba con el Drácula que había visto en su juventud, temblando en la butaca de un cine de barrio.

La seguridad de que podía ocurrirle algo desagradable, durante su ronda, le había puesto los nervios a flor de piel.

Por eso, cada vez que se encontraba, en el extremo de Main Street, con el irlandés, charlaban unos instantes, de tú a tú, como dos hombres que conociéndose ya, y sabiendo que ambos son tan humanos como otro cualquiera, no pueden mantener el telón ficticio de una «veteranía» entre ellos.

—¿Qué hay, Morton?

—Nada, por el momento O’Craig.

—Se hace larga esta noche, ¿eh?

—Mucho. ¡Si al menos ese monstruo tomase otros barrios para sus actuaciones!

—Es posible que lo haga. ¿Sabes que hay seis coches de patrulla junto a la universidad?

—¿Si? ¡Ya podías habérmelo dicho antes!

—¿Por qué?

—Porque ya estoy mucho más tranquilo. Ya me imaginaba que no nos iban a dejar solos esta noche. Así, en cuánto vea algo raro, me lío a pitar hasta que esos coches se presenten ante mí.

—¡Claro que sí!

Morton, a pesar de que sus propias palabras le habían tranquilizado un tanto, movió la cabeza pensativamente.

—De todas formas —agregó—, no estoy dispuesto a dejar que ese bicho se me acerque. A la primera sospecha y sin previo aviso, le vacío el tambor en el cuerpo.

—¿Crees que voy a esperar yo a que me deje sin gota de sangre?

Se alejaron nuevamente, volviendo a sus respectivos sectores.

La noticia de los coches de la policía, que esperaban a la sombra de los muros posteriores de la universidad le había dado nuevos ánimos, ya que por muy fuerte que fuese «el vampiro», las metralletas de la policía podían acabar con él enseguida.

Morton prefería los criminales habituales de la ciudad y todos los problemas que los borrachos y los escandalosos producían en las calles de los barrios equívocos. Todo lo que fuese, excepto aquel espeluznante y misterioso vampiro que le quitaba el sueño.

Casi tropezó con el cuerpo, caído en medio de la calle.

Se asustó de tal manera, que tardó muchísimo en encontrar una solución al pánico que se habla apoderado de él. Y, como era normal, hizo todo menos preocuparse de sacar el revólver, cosa que pensaba hacer en cualquier situación sospechosa.

Su pito resonó lúgubremente y las ventanas, como en la noche anterior, empezaron a iluminarse primero, después a abrirse.

Momentos más tarde, las sirenas de los coches sonaban por todas partes y no tardaron en enmudecer, al tiempo que los vehículos frenaban al lado del agente.

Andrew Salomon, en persona, fue uno de los primeros en bajar de uno de los coches.

—¿Qué ocurre?

El agente señaló el fondo de la calle.

—Ahí.

Volviéndose a sus hombres, que empuñaban, las metralletas, Andrew les ordeñó que enfocasen los faros móviles de les coches hacia la parte oscura de la calle.

Cuando la luz la inundó, descubrieron el cuerpo de un hombre, cuyas suelas de los zapatos se ofrecían en un primor plano alucinante.

Andrew avanzó hacia allá.

Fue entonces cuando otro vehículo se detuvo junto a los otros y James, a toda velocidad, adelantó al jefe de policía local, aproximándose al hombre que yacía en la calle.

La visión no era nada agradable.

Esta vez no parecía que nadie hubiese succionado la sangre de aquel desgraciado; aunque, en realidad, lo que hablan hecho con él venía a ser, algo tan desagradable como lo otro.

Le habían cortado la cabeza.

* * *

James tomó asiento, encendiendo nerviosamente un cigarrillo. Alrededor de la larga mesa, seis hombres, entre los que se hallaban el profesor Barker y el jefe de policía Salomon, guardaban celosamente silencio, esperando que el del F.B.I. terminase de hacer funcionar su mechero.

Después de lanzar hacia el techo una larga columna de humo, Swain miró al profesor.

—Podernos empezar cuando quiera.

Tosió el otro, como si desease aclararse la voz;

—Ya podemos presentar un informe sobre el metal encontrado entre los restos de los aviones siniestrados, inspector.

—Conclusiones.

—Aproximadamente, las mismas a las que llegamos en su primera observación: se trata de un material desconocido en la Tierra.

—¿Es segura esa afirmación, profesor?

—Completamente seguro. Podemos, sin embargo, hacer algunas observaciones pertinentes. El metal tiene cierta semejanza a nuestro aluminio y hasta creemos que tenga la misma constitución atómica; pero, sin ningún género de dudas, la asociación molecular ha sido modificada.

—¿Conoce alguna técnica capaz de realizar tal cosa?

—En la Tierra, no.

—¿Por qué está usted tan seguro? ¿No puede ser posible que cierto país haya conseguido tal cosa?

—Es imposible. Tardaremos siglos, o milenios, en lograr tales transformaciones en el interior de la estructura molecular de los cuerpos.

—¿Puede explicarme, de una manera asequible a mis conocimientos elementales, en qué consiste esa transformación?

—Creo que sí. Imagine que cualquier cuerpo sólido está formado por una serie de esferitas, asociadas en grupos especiales: las esferas serían los átomos y sus asociaciones, la moléculas.

»Nosotros, gracias a las técnicas conseguidas, podemos lograr deshacer esas asociaciones moleculares y, en última instancia, destrozar inclusive el átomo.

»Pero lo que no podremos hacer en muchísimo tiempo es que esas moléculas cambien «las propiedades fisicoquímicas de los cuerpos que forman». Esto, amigo mío, constituye una verdadera alquimia… y nosotros no estamos preparados para ello; ya le he dicho antes, que hasta dentro de muchísimos años.

—¿No es posible, pues, que ningún sabio de nuestro planeta sea capaz de eso que acaba de decir?

—Resueltamente, no.

Hubo una pausa.

—Además —dijo el profesor— he de decirle otras cosas que aumentarán su extrañeza. Gracias a la forma de los pedazos metálicos recogidos entre los restos de los aviones, hemos podido reconstruir, con cierta verosimilitud, la forma que poseían al estar juntos.

James se sintió molesto.

—¿Qué quiere usted decir, profesor?

—Que ahora sabemos perfectamente que ese metal, antes de ser separado por la destrucción, que causó también la de los prototipos, formaba una *astronave*.

—¿Una qué?

—Una astronave. Su tamaño, es verdad, era mucho más reducido de lo que nunca podríamos haber imaginado; pero eso se explica fácilmente, sabiendo como sabemos que estaba pilotada por un solo tripulante.

—¿Cómo puede afirmar eso? ¿No le parece dejarse llevar demasiado por un espíritu hipotético?

—De ninguna manera. Hemos encontrado entre los restos, el esqueleto metálico de un asiento. Per su forma, dimensiones y otros detalles, estamos dispuestos a afirmar que la criatura que viajaba en la astronave era un poco pequeña, en comparación con el tipo medio del hombre. Aproximadamente, un metro cuarenta o cuarenta y cinco centímetros.

—¿Qué otras cosas han descubierto?

—Que tenía «manos» y, probablemente «pies». Lo que no hemos podido explicarnos es la amplitud exagerada del respaldo del asiento… Parece que deben ser muy voluminosos de espalda.

—¿Qué más?

—Muy poco más, desdichadamente. El estando de los restos que hemos podido reunir no se prestaba a más deducciones. Eso es todo, señor inspector.

Después de despedirse del profesor, que había enviado un informe detallado a Washington, James, acompañado del jefe de policía local, salió hacia New Haven.

—¿Qué le ha parecido a usted todo esto? —inquirió Andrew, cuando se hubieron alejado un trecho de la base.

—Un poco extraño; es decir, completamente extraordinario y fuera de lo normal. Francamente, jamás pensé tener que ocuparme de un asunto como éste.

—¿Cree que exista una relación entre los asesinatos de estos días y ese… marciano?

—No nos aventuremos a catalogar y dar nombre a esa criatura, amigo mío. Lo mejor es marchar prudentemente, con mucho cuidado. Dejemos a los sabios dar rienda suelta a su fantasía; nuestra misión es descubrir, capturar y entregar a las autoridades a ese… quien sea.

»En cuanto a su pregunta y tras las manifestaciones del médico legal de la policía, estoy casi completamente convencido de que la mujer asesinada antes de anoche tiene que ver algo con esa extraña criatura.

—¿Y el hombre decapitado de anoche?

—Creo que no tiene relación alguna. Es natural que, conociendo la presencia de un monstruo en la ciudad, le echemos sobre las espaldas, las anchas espaldas que según el profesor posee, todos los crímenes un poco espeluznantes que se produzcan. No, amigo mío: pasemos por la muerte de esa pobre señorita Vidal; pero, en cuanto al hombre sin cabeza; al menos por el momento, no se lo atribuyamos al monstruo vampiro.

Habían llegado a prefectura y ambos penetraron en el despacho de Salomon. Éste invitó a su superior a una taza de café y le puso, un poco a la fuerza, un puro en la mano.

Habían apenas empezado a conversar del asunto que les obsesionaba, cuando llamaron a la puerta.

O’Craig apareció en la puerta, con una carpeta azul en la mano.

—¿Qué es eso?

—Una nota que hemos recibido del Departamento de Identificación, señor.

—Está bien. Puede retirarse.

Después de una ojeada rápida al contenido de la carpeta, el rostro

del jefe de policía se iluminó.

—¡Lo han identificado! —exclamó con júbilo.

—¿A quién?

—Al decapitado. Fíjese en esto, inspector. Se trata de Harry Tormer, viajante de comercio, con domicilio en Nueva York. Había salido de su casa hace una semana y recorría su ruta por esta zona. Deja mujer y dos hijos.

—¡Ya le decía yo! Un crimen de tipo pasional, sin ningún género de dudas. ¿Cómo lo han identificado?

—Por las huellas dactilares. Ha sido una verdadera suerte que Tormer hubiese cumplido un pequeño arresto, por escándalo en un hotel, hace seis años.

—Todo eso concuerda con lo que pensábamos. Lanzaremos la brigada criminal contra el asesino de ese sombre, dejando el resto de los hombres para el asunto que nos preocupa verdaderamente. ¿Han mandado fotos?

—Sí.

—Deme una. Nunca sabe uno si van a servir estas cosas. Se las iré enseñando a mis amigos y conocidos.

—Esperemos que no sigamos encontrando cadáveres por las calles.

* * *

La señorita Irimescu, la representante de Rumania, había sido nombrada, por aplastante unanimidad, presidente de la Organización. A pesar de que todo el mundo había sido informado del triste final de la fenecida señorita Vidal, nadie conocía lo que la policía sabía y el crimen se atribuyó a un borracho que había sido inmediatamente detenido por las fuerzas del orden.

Por eso, en la siguiente reunión, la tercera, todo el mundo parecía haber olvidado la desgracia ocurrida y se discutió el asunto interesante que planteaban las ponencias de aquel día.

Por primera vez, desde que había empezado el Congreso, todos los miembros se quedaron a comer en la universidad, en la que un hotel de primera categoría sirvió un almuerzo espléndido.

La única persona que discrepaba de la alegría general que allí reinaba era Mary.

Había hecho lo imposible por huir de las ideas que habían provocado en su mente las palabras de Dan; pero, en contra de lo que pensaba, no logró sus propósitos y guiada por una intuición ciertamente sorprendente, asociaba la muerte de la presidenta a la presencia de una

criatura extraterrena.

La idea de que el peligro podía estar agazapado en cualquier parte, le hacía encerrarse en el hotel desde que las sombras de la noche caían sobre la ciudad.

¡Si al menos aquel animal de Fulton hubiese sido más complaciente!

Pero, con los labios apretados, Mary se decía que era capaz de arrostrar todos los peligros terrícolas o interplanetarios, antes de confesar a Dan sus temores.

Aunque, en caso de verdadera sensación de peligro, sería capaz de correr en busca de aquel joven del F.B.I. que le había presentado Fulton.

Por su parte, la señorita Irimescu estaba ciertamente encantada.

Aquella misma mañana había enviado un telegrama a la embajada en Washington para que comunicasen a Rumania su calidad de presidente del Congreso; íntimamente, estaba satisfecha y lo demostraba con su jovialidad y amabilidad desbordante.

Al atardecer, abandonó el Congreso, en el elegante y suntuoso «Cadillac» que correspondía a su cargo, dirigiéndose directamente al hotel donde se hospedaba. Después, cambiándose de traje, por una «toilette» más sencilla, un traje de sastre gris, salió, decidida a recorrer la ciudad para poder hablar, al día siguiente, del tema que le había tocado en suerte exponer: «La mujer moderna y el problema del suburbio».

Se sentía completamente feliz.

La ciudad, por otra parte, la encantaba y vagabundeó por sus calles, cada vez más solitarias, respirando con fruición el fresco aire de la noche.

Se cruzó más de una vez con agentes uniformados que no la conocían y que, no obstante, la saludaban amablemente, quizás impelidos por su rara belleza latina.

Al comparar aquellas calles limpias y brillantes con las de su viejo y amado Bucarest, experimentó la envidia que suelen sentir los que se hallan en las urbes americanas: una envidia constructiva y que les empuja al deseo de hacer algo grande por su respectiva patria.

Impregnada de aquel espíritu de exaltación, la señorita Irimescu vio acercarse al hombre.

Se dio cuenta enseguida de que estaba borracho.

Le hizo gracia, encontrando divertida aquella faceta inédita de una ciudad en la que creía no podían existir tales cosas.

El hombre avanzaba lentamente con paso inseguro, dando de vez en

cuando un ruidoso traspié.

«Debe de ser extranjero» —pensó ella.

Estuvo a punto de acercarse a él, adelantándose —ya que el hombre venía hacia ella—; pero se abstuvo en el último instante, temerosa de enfurecer a aquel humano que, lo más seguro, disfrutaba en aquellos instantes del nirvana que le había producido el alcohol.

Se detuvo, viéndole llegar y pensando en que podía ser una nota curiosa en su conferencia del día siguiente.

No sentía miedo alguno; por el contrario, se sentía extrañamente atraída hacia aquel discípulo de Baco.

Lo horripilante se produjo cuando el hombre estuvo junto a ella.

Mucho antes de que pudiese darse cuenta, dos brazos poderosos la sujetaban. Fue entonces cuando se percató de que el hombre llevaba el chaleco y la camisa desabrochados.

Y fue precisamente por allí por donde salieron dos especies de largos tentáculos que buscaron afanosamente la garganta de la rumana.

La señorita Irimescu lanzó un escalofriante alarido.

Capítulo V

ENTORNANDO los ojos, Dan terminó de escribir las últimas palabras del artículo que había confeccionado para su periódico.

Resultaban fantásticamente bien aquellas crónicas, mitad broma, mitad serio, sobre lo que podía discutirse en Congreso Internacional de la Mujer.

Tecleó algo más, sacando después la cuartilla y releyendo el final, en voz alta:

—«Tranquilidad, queridos lectores. Pase lo que pase, detrás de les espesos muros de la universidad, será siempre muchísimo menos peligroso que lo que acontezca en el interior de cualquier laboratorio de física nuclear del mundo. No hay más que ver las sonrisas que arbolan las «delegadas» y las que iluminan los rostros de los que las contemplan…»

Dejó las cuartillas sobre la mesita auxiliar y sacando su paquete de cigarrillos, encendió uno, recostándose, en equilibrio inestable, en la silla.

No, decididamente, no le hacía gracia nada.

Ni el ambiente, ni sus crónicas… ni nada. El espíritu estaba alejado de todas aquellas futilidades, plantado ante el verdadero problema, ante el misterioso artefacto que había aterrizado en la base de Shuley,

llevando a bordo al misterioso y desconocido vampiro.

Porque, después del segundo asesinato —el de la señorita Irimescu—, que James le habla comunicado por teléfono, nadie podía dudar de la existencia de un ser depravado que se alimentaba con la sangre de sus víctimas.

Las autoridades habían tomado cartas en el asunto y, a partir del día siguiente, el congreso femenino se iba a convertir en un acto público, con la asistencia de cuantos periodistas desearan entrar y, naturalmente, con la irrupción en las salas de conferencias de una buena cantidad de detectives y policías de paisano, armados hasta los dientes.

Por otra parte, James había dispuesto un agente que vigilaría a cada miembro femenino, no dejándole en paz desde el momento que abandonase las reuniones, hasta que estuviese metidita en la cama, quedándose entonces en la puerta de la habitación, dispuesto a intervenir en el momento oportuno.

Había sido la movilización policíaca más intensa que se había conocido en New Hawen y Salomon se sentía orgulloso de la atención general que se había vertido hacia la ciudad.

Cuando llamaron a la puerta, Dan supo enseguida que se trataba de Swain, ya que el inspector federal le había anunciado su visita a primeras horas de la mañana.

Le recibió con ansiedad, pero el otro no despegó los labios hasta que hubo terminado su vaso de «whisky».

—¿Pica la curiosidad, eh, Dan?

—¡No lo sabes tú bien! Además, no puedo dejar de pensar en ese asunto, día y noche.

Luego, bajando la voz:

—Estoy muy preocupado por Mary.

El otro enarcó las cejas.

—¡Caramba! No había pensado en ella. He confeccionado, junto a Andrew, la lista de las mujeres asistentes al Congreso. Bien es verdad que, aunque quisiésemos, no podríamos facilitarle ningún policía.

—¿Quieres decir que Mary no estará protegida?

—Eso he dicho; pero no creo que sea algo inevitable. Tú mismo puedes encargarte de ella,

—¡Ojalá quisiese!

—¿No te… aprecia?

—Me temo que no sea precisamente amor lo que siente por mí. Está tremendamente equivocada conmigo.

James sonrió, escéptico.

—Le alabo el gusto. Bueno, sea como sea, me interesa que esa muchacha no cometa ninguna tontería. Justamente, en su calidad de periodista, es muy capaz de meterse de narices en la boca del lobo. Debes vigilarla, Dan.

—Ya te he dicho que no puedo; pero tengo una idea. Llamaré a un buen amigo mío, el del «Herald», y le encargaré de la vigilancia de Mary.

—¿No temes que la vigile… demasiado?

—¡No seas estúpido, James! Charlie es uno de mis mejores amigos y digno de toda mi confianza. ¡No te la confiaría a ti, no pases cuidado!

—Está bien. Si hemos solucionado ese asunto, podemos pasar a otros.

—Sí. Ardo por saber cosas.

—Pues ahí van. La primera es que está completamente demostrado que el «vampiro» —de alguna manera hay que llamarle— es bajito, de anchísimas espaldas y brazos largos.

—¿Una especie de gorila?

—Algo así, pero mucho más horrible. Debe tener un metro cuarenta o cuarenta y cinco, a lo sumo.

—¡Qué interesante! Desconfiaré de todos los tipos bajitos, por lo menos hasta que ese monstruo sea destruido.

—Harás bien. Toda la policía del estado te imitará sabiamente. Sobre todo, sabiendo que no hace falta que desconfíes de nadie. La doble trompa que le sale del rostro, le identificará enseguida.

—¡No durará mucho!

—Yo no he dicho eso. El vampiro debe ocultarse durante el día, aventurándose solamente cuando reinan las tinieblas. Además, escoge, como ya sabemos, lugares poco frecuentados y elige a sus víctimas entre las mujeres que van solas.

—¡Es verdad que no ataca a los hombres!

—Así es hasta ahora, Dan.

—¿Y el hombre decapitado?

—Justamente iba a hablarte de él. No creemos que su asesinato tenga ninguna relación con los del vampiro.

—¿Habéis descubierto al asesino de ese pobre desdichado?

—No, pero no tardaremos en hacerlo. Se trata, indudablemente, de un asunto pasional. Llevo aquí la foto de ese hombre, que hemos

identificado en Nueva York. ¡Échale una mirada!

Entregó la fotografía a Dan que, nada más verla, lanzó un grito horrible:

—¡Dios mío!

—¿Le conocías?

Pero Fulton no contestó. Estaba demasiado emocionado para poder articular palabra.

—¿Le conoces, Dan? —insitió el otro.

El periodista lanzó un suspiro. Había palidecido intensamente.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

—¿Quieres explicarte de una vez?

—¿No te das cuenta, James? Este tipo era mi amigo del «Herald», el hombre al que iba a confiar la vigilancia de Mary!

Swain se encogió de hombros.

—Estás como una regadera; Dan. Este hombre era viajante de comercio y ha dejado mujer e hijos. ¿Está casado tu amigo?

—No.

—¿Entonces?

—Espera, por favor. Voy a llamarle por teléfono al hotel. Nunca sale a estas horas.

Tardaron un poco en darle la comunicación. Dan pateaba impaciente el suelo, refrenando a duras penas su impaciencia.

Luego, cuando obtuvo la comunicación, su rostro fue perdiendo la palidez que lo había cubierto, volviéndole el color a las mejillas. Colgó y sonriente, se acercó al policía.

—Tenías razón, James. Charlie está perfectamente. Se ha asombrado tanto como yo. Vendrá dentro de media hora.

—Lo siento, amigo, pero he de irme. Tenemos, mucho trabajo antes de que caiga la noche. Hay que estar prevenidos.

—¿No podrías prestarme la foto hasta mañana?

—¿Para enseñársela a tu amigo?

—Sí.

—Toma. Pero no la pierdas.

—Descuida,

—Hasta mañana. Y no olvides lo de vigilar a esa chica.

—No lo olvidaré. Hasta mañana, James.

* * *

La señora Hamilton se conservaba maravillosamente bien y para

todos los que la conocían, no existía explicación posible, que mostrase la ilógica unión de la señora Hamilton con su esposo que, a su lado, desmerecía, mucho más de lo correcto su calidad de varón.

Todo lo que Gloria Hamilton tenía de opulento y gracioso, lo tenía Albert de mezquino y enjuto. Pero, para fortuna de los que sufrían al verlos juntos, al matrimonio Hamilton —por culpa del negocio que les hacía vivir— no se les veía juntos demasiado frecuentemente.

Aquel atardecer, por ejemplo, Albert, que había salido después de almorzar, volvió precipitadamente al hotel «Hamilton» —más pensión que hotel—, penetrando como un torbellino en el despacho, donde su esposa leía tranquilamente la última revista de modas que había llegado de Nueva York.

—¿Hay algo nuevo, querida?

Ella no contestó a su pregunta, limitándose a echar una rápida ojeada a los paquetes que su esposo había dejado sobre la amplia mesa del despacho; después, con una sonrisa burlona:

—¿No se te habrá olvidado nada?, ¿verdad?

Él, nervioso e intranquilo como un pájaro, saltaba alrededor de ella, impaciente también.

—No creo, querida. Bueno, ya sabes que tengo mi partida de ajedrez. Voy a irme.

—Está bien. Lárgate cuando quieras.

Él la rozó la mejilla con los labios, después de ponerse de puntillas, y se dirigió hacia la puerta, justamente cuando entraba uno de los recientes huéspedes.

Albert se hizo rápidamente a un lado.

—¡Buenas noches, señor!

El otro, alto y corpulento, no le hizo el menor caso. Por el contrario, al pasar junto al despacho, se inclinó, con un gesto, saludando a la esposa Hamilton.

—¡Buenas noches, señor Simmons!

El hombre subió la escalera, deteniéndose al llegar al primer rellano. Desde allí, se podía ver la graciosa silueta de la dueña del hotel, que seguía absorta en su lectura.

Los ojos del hombre brillaron extrañamente.

Luego, como si nada, siguió subiendo los escalones. Pero, si la señora Hamilton hubiese sabido ciertas cosas, se hubiera dado cuenta de que algo se movía bajo la espalda de la gabardina del señor Simmons.

Pasó bastante tiempo y ella terminó de leer la revista, bostezando visiblemente. Por las tardes, el trabajo cedía considerablemente, ya que los huéspedes de su hotel solían comer fuera, siendo casi todos ellos viajantes de comercio.

Por eso, el cocinero y el camarero que servían el comedor, se despedían a las cuatro de la tarde para no regresar hasta las diez de la mañana del día siguiente.

Cuando, media hora más tarde, un poco antes del regreso de Albert, sonó insistentemente el timbre de la habitación número 22, la del señor Simmons, la señora Hamilton agradeció aquella ruptura de una monotonía que empezaba ya a cansarla.

Los otros días —en que Albert no tenía partida de ajedrez—, ella lo tenía a su lado y podía pasar aquellas largas horas, hasta la cena, charlando, discutiendo o hasta regañando con él.

Subió ágilmente la escalera, deteniéndose al fondo del pasillo, ya en la primera planta que, por el otro lado de la casa, debido al desnivel tremendo de aquella parte de la ciudad, estaba separada de la calle por una altura equivalente a seis pisos normales. Era aquélla una particularidad del «Hamilton» que atraía mucho a la gente que deseaba ver, desde su habitación, la raya azulada del mar.

La señora Hamilton golpeó suavemente la puerta número 22.

—¡Pase, por favor! —se oyó dentro.

Hizo girar la cerradura y se asomó, prudentemente, a la habitación. Para ella, el señor Simmons era uno de los huéspedes más considerables, ya que habla sido el único, en toda su larga carrera hotelera, que le había pagado dos meses por adelantado.

Por eso le interesaba complacerle.

—¿Qué desea usted, señor Simmons?

—Tenga la amabilidad de pasar un momento, señora. Y deje la puerta abierta, por favor… ¡Esto es inaudito!

La última exclamación, como hecha para sí mismo, fue la que atrajo la atención a la mujer que, picada ya por el mosquito de la curiosidad, penetró decididamente en la estancia.

El señor Simmons, correctamente vestido, pero con la camisa ligeramente desabrochada, detalle que no escapó a la mirada de lince de la señora Hamilton, estaba señalando un objeto que yacía en el suelo.

—¿Qué es? —inquirió ella.

Pero el hombre no le contestó; parecía sinceramente asombrado de

lo que tenía ante los ojos.

—¡Parece imposible! —dijo.

Ella se acercó más, contorneando el sillón que, hasta entonces, la habla impedido ver lo que el otro contemplaba y tuvo que llevarse la mano a la boca para no gritar.

—¡Dios santo! —exclamó con voz ahogada.

El perrito que yacía a los pies del señor Simmons tenía un aspecto verdaderamente horroroso y la piel se adaptaba tan intensamente a los huesos, que el pobre animal parecía más una momia que otra cosa.

—¿Es suyo? —balbució ella.

—¿Mío?

Y después de una pausa:

—¡Es la primera vez que lo veo, señora Hamilton! Y he rogado que subiese usted para que me explicase cómo ha llegado esto hasta aquí.

—¿Dejó usted la puerta cerrada?

Él se pasó la mano por la frente, como si intentase recordar; luego, mirándose los bolsillos, como si buscase algo, dijo entre dientes algo de la llave y fue hacia la puerta, haciéndela girar en la cerradura; prueba inequívoca de que finalmente la había encontrado.

Gloría estaba demasiado absorta con aquello para hacer caso de los pequeños detalles.

Por eso, al levantar la cabeza del cuerpo del perrito para mirar a su huésped, empezó a darse cuenta de que algo raro estaba pasando allí y frunciendo el entrecejo:

—Voy a bajar a ver si ha regresado mi marido. Él sacará este animal de aquí.

Pero Simmons se interpuso entre ella y la puerta.

En realidad, la señora Hamilton no experimentó miedo alguno. Estaba acostumbrada a las excentricidades de la gente y era lo suficientemente fuerte para defenderse por sí misma.

Además, jamás había contado con el minúsculo y atemorizado Albert.

—¡Déjeme salir, señor Simmons!

Fue entonces, en un solo instante, cuando toda su serenidad se vino abajo. Podía esperar cualquier cosa, excepto lo que ocurrió.

La camisa desabrochada del extraño huésped *se estaba entreabriendo sola*. Y, repentinamente, por debajo del cuello, algo largo y bífido salió, como un tentáculo que tenía un extraordinario parecido con la cabeza,

de una serpiente.

Al mismo tiempo, la ya aterrorizada señora Hamilton, creyó ver sobre la base de aquel horrible tentáculo algo fosforescente que brillaba con una intensidad demoníaca.

El alarido que brotó de su garganta resonó en toda la casa.

Pero no dijo más.

Dos poderosos brazos la sujetaron y el tentáculo se apoyó en su cuello, cada rama a un lado, buscando afanosamente las carótidas.

Momentos más tarde, el pasillo se llenó de rumores y alguien gritó, delante de la puerta:

—¡Ha sido aquí! ¡Estoy seguro!

Empezaron a aporrear la madera, golpeándola cada vez con mayor intensidad.

El monstruo dejó caer el cuerpo exangüe de la mujer…

Sus ojos se clavaron en la puerta, que vacilaba ya ante la intensidad de los empellones que recibía por el exterior.

Entonces, quitándose la chaqueta, el vampiro descubrió la monstruosidad horripilante de sus formas.

Con la americana en una mano y la gabardina en la otra, saltó ágilmente por el halcón, sin preocuparse de los treinta metros que le separaban del suelo.

Nada más saltar, dos alas membranosas se separaron bruscamente de su peluda espalda.

Capítulo VI



L, forense se volvió hacia James.

—Lo mismo que en los casos anteriores, señor inspector.

—¿Y el perro?

—Igual.

—Bien, muchas gracias. Tendrá la amabilidad de hacer el informe de costumbre, ¿verdad?

—Sí, señor.

Swain salió de la estancia, reuniéndose con Salomon, que le esperaba fuera. El del FBI, plantado en el pasillo, daba vueltas, entre sus nerviosas manos, al sombrero flexible.

—Vamos —dijo finalmente.

Tomó personalmente el volante de su coche, rogando con un gesto al otro para que se sentase a su lado. Durante un buen rato, mientras se dirigían hacia las afueras de la ciudad, James no despegó los labios.

Al llegar junto al mar, detuvo el coche, volviéndose hacia el jefe de policía local.

—Estoy cansado, Andrew.

—Lo comprendo, señor. A mí me ocurre exactamente lo mismo.

—Cansado y vencido.

—¡No debe decir nunca eso!

—¿Por qué no? Washington se empeña en mantener el secreto sobre este asunto. No quiere que se sepa que esta ciudad está aterrorizada por la visita de un ser fantástico, que haría reír al resto del mundo, si lo describiésemos tal y cómo nos lo imaginamos. Pero todo esto empieza a ser demasiado para mis nervios…

—¿Qué haría usted, si fuese un pez gordo del Pentágono?

—Muy sencillo, Andrew. Movilizar un par de divisiones y ocupar militarmente New Haven. Examinar los caminos, vigilar las carreteras y, si fuera necesario, registrar, casa por casa, toda la ciudad.

—Sería un buen procedimiento.

—No lo sé; pero al menos se haría algo positivo. Ya ha visto lo que ha ocurrido: en cuanto hemos montado una estrecha vigilancia, el vampiro, que no debe ser tonto, ha abandonado sus presas del Congreso, atacando a esa pobre mujer…

—¿Y lo del perro?

—También me veo con fuerzas para explicarlo. El vampiro debió buscar una presa y, al no hallarla, desesperado y sediento, atacó al primer animal que se puso en su camino.

—¡Podía haber atacado a un hombre!

—Ése es un misterio que desconocemos todavía. Quizá sea incapaz de alimentarse de sangre de varón.

—Es un asunto horripilante. Por otra parte, la ciudad empieza a saber muchas cosas, a pesar del secreto con que hemos guardado todo.

—Es natural. La gente no es tan estúpida como creen los de Washington. Tarde o temprano, se descargará una verdadera ola de pánico, que nadie podrá detener.

Guardaron silencio unos instantes.

—Y lo peor —siguió diciendo el del FBI— es que no se me presenta ningún plan viable para capturar a ese monstruo. He pensado colocarle un cebo; pero ¿qué mujer se atrevería a servir de corderino ante ese tigre? Además no sé si me decidiría a emplear a un ser humano para esos fines.

—Le comprendo, señor inspector. Si se tratase de un criminal normal, hasta yo mismo le diría que lo intentase, Pero desde que hemos descubierto que es capaz de volar…

—Eso es lo que me dejó sin fuerzas. Guando encontramos las huellas de los zapatos en el borde de la ventana, junto a aquel verdadero precipicio, no pudimos llegar a otra conclusión más lógica. ¡Es un vampiro, en toda la extensión de la palabra!

* * *

—¡Pasa, Charlie!

El del «Herald» entró en la habitación de Dan y dejándose caer sobre uno de los sillones se secó la frente con un pañuelo.

—¡Uf! —dijo.

Dan empezó a prepararle un vaso de «whisky» con hielo.

—No, no te molestes, amigo mío —dijo el otro—. Si tomase algo ahora, sería mucho peor.

—Pero ¿por qué demonios sudas tanto? Hace calor, pero…

—¿Y me lo preguntas tú? ¿Es que no conoces a esa muchacha, que es capaz de romper las piernas de cualquier campeón de campo a través?

Dan sonrió.

—¡Estás demasiado gordo para esos trotes, ya lo sé! ¿Se porta bien?

—¿A qué te refieres?

—Si no sale por la noche, como temíamos.

—No. Se ve que tiene miedo; pero de todas formas con lo que se mueve durante el día, tengo bastante.

—No te preocupes, viejo. Ya sabes que yo sé ser agradecido y te procuraré una información que te hará famoso.

—¿Sobre ese vampiro?

—Sí.

—Pues ya puedes darte prisa. Todo el mundo habla de él y ya han empezado algunos de los nuestros a tomar notas.

—Pierden el tiempo. James ha puesto una censura rigurosa y nadie se atreverá, hasta que él dé la orden, a enviar nota alguna a Nueva York.

—Eso me gusta más. Así sí que podremos ser los primeros en publicar algo interesante.

Hubo una pausa; luego, de repente, Charlie se echó a reír.

—¿Te han contado algún chiste que yo conozca? —inquirió su amigo.

—No. Estoy recordando lo del otro día, cuando me enseñaste la foto de ese tipo al que habían cortado la cabeza. ¡Cree que me llevé un buen susto!

—Se parecía a ti extraordinariamente.

—Hombre, había algunos detalles en los que no coincidíamos; pero, en general, parecíamos dos hermanos gemelos. Eso es lo que me hace

gracia. Si el asesino se hubiese equivocado.

—¡No digas tonterías!

El del «Herald» se puso en pie.

—Bueno, amiguito; me largo.

—¿Tan pronto?

—Sí. Ya he descansado. Daré una vuelta y me acercaré luego al hotel de, Mary.

—¿Dónde está ahora?

—En la peluquería, compañero. Es un lugar donde puede uno dejar tranquilamente a la mujer más revoltosa del mundo.

—¡Tienes razón!

No acababa Charlie de salir cuando el teléfono se puso a repiquetear en el salón de Fulton.

—¿Diga?

—Soy yo, Dan.

—¡Mary! Te creía en la peluquería.

—Así es. Sin embargo, y a pesar de lo que te haya dicho Charlie, no he logrado que me arreglasen hoy y he pensado en ti.

—¡Me haces el hombre más feliz de la Tierra!

—¿Podemos vernos, Dan?

—¡Cuando quieras, como quieras, donde quieras!

Ella rio al otro lado del hilo.

—Estaré en el «Tommy», dentro de diez minutos.

—De acuerdo, preciosa.

Se vistió, alegre y rápidamente, silbando una melodía moderna. Luego, después de coger el sombrero, bajó las escaleras, tropezándose en el «hall» con la alta figura de James.

—¿Dónde va nuestro «emborronacuartillas»?

—¡Piola, «pliesplanos»!

James lo cogió por el brazo, llevándolo fuera.

—Aquí tengo mi coche. Si puedo llevarte a alguna parte.

—Tengo una cita…

—¡Ah! ¿Rubia o morena?

—Morena.

—¿Mary?

—La misma que viste y calza.

—¿Ya no te odia?

—Hoy no le toca.

—¡Pues voy a acompañarte! Los amigos son para fastidiar en las ocasiones.

—Pero, James…

—No te preocupes. Me pagas un «whisky», saludo a esa preciosidad y me voy —luego, ya en el coche y con voz seria—: ¡Estoy loco, Dan!

—¿Tan mal van las cosas?

—Pésimamente. Ese vampiro se nos escapa entre los dedos. No sé lo que hacer; palabra.

—Yo sí.

—¿Tienes algún plan?

—Uno verdaderamente estupendo. Pero con condiciones.

—Las que quieras.

—Eso me gusta. Escucha, Charlie. Estoy dispuesto a demostrarte que ese monstruo no puede escapar. ¿Quieres hacer una cosa?

—Sí.

—Volver a mi casa dentro de una hora. Yo ya habré dejado a Mary y podremos charlar tranquilamente. Si lo aceptas, podemos poner el plan en práctica esta misma noche.

James dejó a Dan a la entrada del «Saloon Tommy».

Mary estaba allí.

El joven estrechó calurosamente la mano de la muchacha; luego, cogiéndola del brazo, la condujo a una de las mesitas del fondo.

—¿Qué le pasa a mi princesa? —dijo, cuando hubieron pedido de beber.

—Que estoy intranquila, Dan querido. Nunca tuve tanto miedo como ahora.

—¿Miedo? No será a ese vampiro, ¿verdad?

Ella se estremeció.

—¡No lo nombres, Dan; por favor!

—¡Alto! ¿Conque es eso lo que te hace temblar, Mary?

Ella asintió con un gesto de cabeza, con el temor reflejado en sus ojos.

Cogiéndola por las manos, él se las besó tiernamente.

—Me alegro mucho que me hayas llamado, pequeña. Justamente, en este mismo instante, acabo de dejar a James, el del FBI, con el que estoy reunido dentro de poco. Esta noche, con un poco de suerte, acabaremos con esa horrenda pesadilla.

—¡Oh, Dan! ¿Será posible?

—Claro que sí, tonta. Lo que tienes que hacer, en cuanto salgamos de, aquí, es irte directamente a tu hotel, en cuyo «hall» pasará Charlie la noche. Ya sabes que no te deja, ni a la sombra.

—Es verdad. Se ha tomado su trabajo tan en serio, que ni siquiera quiso aceptarme una copa el otro día.

—Así me gusta. Lo elegí porque lo conozco y sé que es un muchacho estupendo para esas lides. Oye, Mary, ahora que me acuerdo, ¿por qué no vienes con nosotros esta noche? ¡Sería una información fantástica!

Ella le sonrió agradecida.

—No, Dan. Ya sé que cualquier periodista al que le hicieses esa oferta maravillosa se volvería loco de alegría; pero, en este caso, prefiero pasar la noche en la habitación de mi hotel. ¡Ya te dije, querido, que jamás sentí un pánico tan atroz!

* * *

—Veamos tu plan, jovencito.

James se había sentado en un sillón, frente a Dan y fumaba un habano. Sus ojos estaban fatigados y rodeados de amplios cercos.

—Mi plan —dijo el otro— es muy sencillo y no sé cómo no se te ha ocurrido a ti antes.

—Al grano, amigo mío.

—Está bien. He pensado poner un cepo a ese vampiro.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¡Desechado, Dan!

—¿Ya lo habías pensado?

—Sí. Y no puede llevarse a la práctica.

—¿Por qué?

—Porque, en conciencia, no se debe permitir exponer la vida de un ser humano.

—Te equivocas. La mujer de quien yo hablo es voluntaria.

—¿Quién es esa loca?

—Yo.

James le miró con los ojos muy abiertos, paralizado por el asombro.

—¿Has bebido, Dan?

—Lo de siempre; ni una gota más.

Luego, con un gesto, para que el otro no le interrumpiese, añadió:

—Recordarás, querido polizonte, que en nuestros jóvenes años de

universidad, Dan Fulton era un asiduo de las «tablas». ¿No recuerdas que yo hacía la casi totalidad de los papeles femeninos, cuando no teníamos actrices de la talla necesaria?

—¡Pues es verdad! ¡Hasta recuerdo que aquel tipo, hijo de Chemwer…!

—No me lo recuerdes, James. Le puse los dos ojos a la funerala; eso es verdad. Pero no olvidaré fácilmente, aquellos momentos. Se me acercó, después de la representación, borracho como una cuba, con un montón de billetes de a diez en sus temblorosas manos… «¡Todo esto por un besito, encanto!», me dijo.

James reía a carcajadas, como hacía mucho tiempo que, no lo hacía.

Pero su amigo no le dejó escapar mucho tiempo del problema que les interesaba.

—He dejado a Mary en el hotel. Charlie no había llegado aún, pero no tardará en montar la guardia,

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Pues que Mary, a la que he, explicado el plan, me ha dejado ropa suya y, si nuestro querido detective aprueba mis propósitos, dentro de media hora podrás dejarme en una de esas calles oscuras que visita el vampiro, dispuesto a llenarle la cabeza de plomo.

James le miró con franca admiración.

—¡Eres un buen amigo, Dan!

—No lo creas. Sólo pienso en la exclusividad del mejor reportaje de mi vida. Lo que necesito para que el negrero de mi director me duplique el sueldo y me permita crear un hogar digno de…

—¡Basta de romanticismos! —protestó el otro—. Si vamos a poner en práctica tu plan, para luego es tarde.

—Espera un poco ahí mismo. Puedes beber y fumar. No tardaré mucho.

Cuando la puerta se abrió, veinte minutos más tarde. James lanzó una exclamación de asombro.

—¡Increíble! —dijo.

En efecto.

La transformación de Dan era tan perfecta y completa, que demostraba su calidad de artista perfecto.

—¿Por qué dejaste el teatro, Dan? ¡Hubieses hecho millones!

—Porque no quería tropezarme con tipos como aquel que quería comprarme un besito —rio el otro.

Cuando atravesaron el iluminado «hall» del hotel donde se hospedaba Fulton, los hombres miraron con curiosidad a la dama que acompañaba a James y que, envuelta en un magnífico abrigo de pieles, parecía ir a alguna importante fiesta.

Una vez en el coche, James no pudo por menos de soltar una carcajada.

—¡Eres un tipo estupendo, Dan!

—¡Llámame Dolly, por favor! ¿Quieres que todo el mundo se entere y no acuda el vampiro a la cita?

Fueron directamente a la prefectura de policía, siendo inmediatamente introducidos en el despacho de Andrew Salomon.

Éste se inclinó respetuosamente ante el periodista disfrazado:

—Señora, es un honor…

James, por su parte, hacía verdaderos esfuerzos para no soltar la carcajada que le bullía en la garganta.

Luego, con voz seria:

—Vengo a que procure usted una buena pistola a esta señora, Andrew.

—Será un placer para mí.

Dan revisó el estado del cargador y pasó una bala a la recámara, ante los asombrados ojos del policía, que no pensaba que aquella damita conociese tan perfectamente las armas de fuego.

Incapaz de prolongar más aquella chusca situación, James explicó la verdad al otro. Pero, a pesar de todo, Andrew tardó en convencerse de que no era objeto de una broma pesada.

—¡Es asombroso! —dijo.

Después, ya en el coche que les conducía al barrio habitual del vampiro, James, junto a su amigo:

—Estoy pensando —dijo— que podías haberte «colado» en el Congreso disfrazado así. ¿Por qué no lo hiciste? Hubiera sido un éxito periodístico.

Dan movió la cabeza negativamente.

—Mary no me lo hubiese perdonado jamás.

—Comprendo.

Una vez llegados al barrio, bajaron del coche, poniéndose en relación con los coches que patrullaban por allí. Se explicó a todos, en clave, el plan que iba a ser puesto en práctica, rogando una máxima colaboración.

James acompañó a su amigo hasta el interior del solitario barrio.

—Ten cuidado, Dan.

—No te preocupes.

—Dispara sin contemplaciones de ningún género.

—Así Lo haré; pero, si pudiese capturarlo vivo. ¡Qué éxito!

—¡No seas loco, amigo mío! Si supiera que vas a hacer alguna idiotez de esa clase, desmontaría el plan ahora mismo.

—No lo haré, James.

—¿Palabra?

—Palabra.

El del FBI volvió juntó a Andrew.

—Ahora no hay que hacer otra cosa que esperar.

El otro estaba nervioso como él.

—¡Si tuviésemos un poquito de suerte! —exclamó.

—La merecemos. Después de todo lo que hemos pasado, un poquito de «chance», como dicen los franceses, no nos vendría mal. Tengo unas ganas locas de terminar este asunto. En cuanto lo concluya, me tomaré unas largas vacaciones en Florida.

—¡Estupendo!

Pasó una larga hora, sin que se atreviesen a adentrarse por las callejuelas por las que se había aventurado Dan. No querían estropear los magníficos planes del periodista.

Pero estaban tremendamente nerviosos.

Así, cuando oyeron, un disparo, que desgarró el silencio de la noche, corrieron como locos, mientras las sirenas sonaban por todas partes.

—¡Allí! —señaló Andrew.

Dan yacía por tierra. Un charco de sangre iba formándose bajo su cuello.

—¡Al hospital, pronto! —rugió James, fuera de sí. Fue entonces cuando oyeron aquel tétrico aleteo sobre sus cabezas. Y, a pesar de la oscuridad reinante, vieron con cierta nitidez cómo un gigantesco murciélago pasaba sobre ellos.

Capítulo VII

¿ALGO nuevo, doctor?

El médico, que acababa de cerrar la puerta, silenciosa y quedamente, avanzó hacia James.

—Seguimos con las transfusiones, señor Swain.

El detective asintió con la cabeza, siguiendo con la mirada al médico. También, desde la butaca donde se había dejado caer, Mary miró al doctor, volviendo después, los ojos hacia James, que se acercaba a ella.

—¿Qué ha dicho? —inquirió la muchacha.

—Que siguen con las transfusiones.

—¡Tres días ya!

—Si. Debió de perder muchísima sangre. En realidad, cuando llegamos aquí, estaba medio muerto.

—¡Fue una verdadera locura!

Él la miró, con una expresión de indecible dolor en el rostro.

—¡No me repita eso; por favor, Mary! ¡Ya sé que no debí consentirlo! Pero estaba entre la espada y la pared.

—No lo digo por usted, James. Lo digo por él, por mí… Cuando me explicó el plan, en el hotel, como él lo hace todo, me hizo reír y le presté mis ropas, encontrándolo hasta divertido. Luego, mucho más tarde, a medida que razonaba, hallaba el verdadero cariz peligroso del

asunto. Y le llamé a su casa… demasiado tarde. Ya habían salido ustedes.

—¡Ha sido culpa mía!

—No, James; ha sido culpa de todos. Lo importante en que se restablezca cuanto antes.

—¡Ojalá! Ese maldito vampiro debió darse cuenta, en cuanto probó su sangre, de que no se trataba de una mujer. Pero había mordido ya la carótida derecha y la hemorragia se produjo violentamente…

—¿Han encontrado la bala que disparó Dan?

—Si. Estaba empotrada en el suelo de la calle, entre dos ladrillos. Seguro de que el otro no le dejó tiempo.

—Eso es lo que me extraña. Dan ha sido siempre un hombre de una sangre fría formidable.

—A mí no me extraña, Mary. La visión de ese monstruo Sebe de ser terrorífica. De nada deben servir la sangre fría y la presencia de ánimo.

—Es horroroso.

Y después de una pausa:

—¿Vamos?

Descendieron a la planta baja y una vez fuera, James señaló su coche.

—¿Quiere que la lleve a alguna parte?

Ella sonrió, agradecida. Y señalando a un hombre que se acercaba;

—Aquí viene Charlie. Desde que ha sabido lo de Dan, no se separa de mí. Usted está muy ocupado, inspector. ¡Hasta otro rato!

—Adiós.

Una vez en él coche, al lado del amigo de Fulton, éste preguntó:

—¿Cómo está?

—Así, así.

—¿Ha recuperado el conocimiento?

—No, aún no.

—¡El muy estúpido! ¡Mira que ocurrírsele exponer su vida para cazar a ese monstruo! ¡Si me hubiese avisado!

—¿Qué habría hecho usted, Weber?

—Ir con él. Yo no hubiese cometido la torpeza de esos policías, dejándolo completamente solo. Me hubiese apostado en el quicio de alguna puerta, con una buena pistola en la mano y habría eliminado al monstruo antes de que se hubiese acercado al pobre Dan.

—Tiene usted razón, Charlie. Los policías no supieron rodear a Dan

de las seguridades que necesitaba.

Tomaron un bocadillo en uno de los bares del centro, despidiéndose Charlie enseguida y quedando citados para la tarde, cuando ella abandonase la clínica donde el joven estaba hospitalizado.

Al anochecer, cuando Mary salió de la clínica, Charlie, bonachón como siempre, la invitó a tomar chocolate en una casa de té, conduciéndola después hasta el hotel.

—Tengo que llamar al «Herald» —dijo—. Volveré cuando termine y me tendrá, como todas las noches, en el bar, ahí al lado.

—Gracias por todo, Charlie.

—Hasta mañana, Mary. Que descanse.

Ella subió a su habitación, metiéndose casi inmediatamente en la cama. Pero, incapaz de dormir, cogió una revista de la mesilla de noche, hojeándola sin mucho interés.

Un poco más tarde, encontró un relato interesante y se absorbió por completo en la lectura.

Fue entonces cuando, repentinamente, la luz se apagó.

Oyó claramente a la gente que, por el pasillo, protestaba con vehemencia de aquel corte de corriente. Por el momento, apenas si se preocupó; pero después, a medida que la oscuridad se prolongaba, un terror sin límites se fue apoderando de ella.

Hasta que, incapaz de hacer salir sonido alguno de su garganta paralizada, vio dibujarse, al otro lado del tul que cubría la ventana abierta, la siniestra silueta del vampiro.

* * *

La sangre seguía penetrando en las venas de Dan, a través de los tubos de goma que palpitan al impulso de los émbolos.

A los pies de la cama, James contemplaba fijamente el rostro pálido de su amigo y sus labios, aún pintados, que disfrazaban un poco el terroso color de la anemia que padecía.

El médico y la enfermera trabajaban silenciosamente.

Un poco más tarde, era ya de noche, Dan Fulton abrió los ojos, mirando, con expresión de asombro, cuanto le rodeaba. Finalmente, después de clavar su mirada en el médico y la enfermera, tropezó con la de Swain.

Una sonrisa entreabrió ligeramente sus labios.

Animado, James se adelantó y tomándole por una mano;

—¿Te sientes bien, Dan?

El médico le obligó a retroceder.

—Es mejor que se vaya ahora, señor inspector. Mañana, si todo sigue así, podrá empezar a hablar un poco.

Swain asintió con la cabeza, dirigiéndose hacia la puerta.

Pero, cuando empuñaba el pomo, el herido lanzó un rugido extraordinario y al volverse, James vio los ojos dilatados por el terror y que le miraban fijamente.

—Ya lo ve —dijo al doctor—. Fulton quiere que me quede.

—Está bien; pero no le haga hablar.

Y salió, seguido por la enfermera.

El detective tomó asiento junto al lecho y Dan le cogió de la mano, apretándosela con fuerza, como si desease demostrarle que la energía volvía a su cuerpo.

—Sí—dijo James—; ya veo que vuelves a estar fuerte. Dentro de muy poco, estarás como antes.

Dan sonrió.

—Has sido un tipo muy valiente —siguió diciendo el federal—. Y, lo desees o no, tendrás que ir a Washington, donde se han emocionado con tú hazaña,

Fulton seguía sonriendo.

—¡Ah, se me olvidaba! ¡Mary sigue estupendamente bien!

El rostro de Dan cambió inmediatamente de aspecto, borrándose la sonrisa como por ensalmo. Además, presa de un nerviosismo horrendo, clavó sus uñas en la mano de su amigo.

—¿Qué te ocurre, amigo mío? —se asombró el policía.

Fulton parecía loco furioso.

Haciendo un poderoso esfuerzo, logró sentarse en el lecho; pero, a pesar de todo, no podía hablar.

Después, repentinamente, cogió la estilográfica de su amigo y le instó a que le entregase un papel donde escribió unas líneas, apenas legibles.

Se desmayó después.

En aquel momento, la enfermera que llegaba, lanzó un grito de horror, corriendo a avisar al médico, que se presentó inmediatamente.

—¿Qué ha hecho usted, insensato? ¿Sabe que puede matarle?

Pero James no escuchaba a nadie.

Lo que acababa de leer lo había anonadado tan por entero, que miró estúpidamente al médico, sin pedir excusas y salió, tropezando con otra

enfermera, y corriendo hasta que se sentó en su coche, que puso en marcha a gran velocidad.

¡Imposible!

¡Era completamente imposible!

—«Dan debe haberse vuelto loco» —pensó—. «O la debilidad de su cerebro le hace ver visiones».

No se atrevió a ir solo.

No era porque tuviese miedo. Había luchado con los peores criminales del país y demostrado un coraje ejemplar. Pero aquello era diferente.

Se trataba de un poder extraño, que detentaba una criatura más extraña y alucinante aún.

Su coche lo dejó a la puerta de la jefatura de policía. Bajó del vehículo y se precipitó en el interior del edificio, entrando como una tromba en el despacho de Andrew.

—¡Vamos! ¡Ya tenemos al «vampiro»!

El otro le miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Está… usted… seguro…? —balbució.

—¡Vamos! ¡Ya se lo explicaré en el camino! ¡Ordene que media docena de coches, con hombres armados hasta los dientes, nos sigan! ¡Aprisa!

Sonó el timbre de alarma y momentos más tarde los coches policiales volaban, sin hacer tocar las sirenas, en pos del que guiaba frenéticamente James.

En el camino, en contra de lo que había prometido, no despegó los labios ni un solo instante.

Luego, al llegar al edificio de dos plantas, junto a la carretera principal, se detuvieron y James indicó al otro la necesidad de rodear la casa.

—Que tengan mucho cuidado; pero que, si es posible, reduzcan al monstruo sin matarle. Washington daría cualquier cosa por cogerle vivo.

Ellos, personalmente, acompañados por media docena de hombres, armados con metralletas, subieron por la escalera, hasta detenerse en la segunda planta, extrañándose de ver que la puerta estaba cerrada con un colosal candado y reforzada con maderas cruzadas y clavadas las unas sobre las otras.

—¿Es que se ha encerrado a si mismo? —inquirió Salomon.

—No. ¿Ha olvidado usted, que es capaz de volar, como cuando salió de la habitación de aquella pobre mujer?

—Perdone. Lo había olvidado por completo.

Se volvió a sus hombres.

—¡Tirad la puerta abajo! Y que uno de vosotros vaya a ver a los otros para que vigilen las ventanas de la parte posterior. Si ven un hombre que vuela, que lo cacen a tiros.

Tuvieron que golpear fuerte, con las culatas de las armas, hasta lograr abrir un orificio por donde pasar la mano y abrir el pestillo, ya que habían destrozado anteriormente el candado.

—¡Qué hedor más repugnante! —exclamó uno de ellos.

Era horrible, en efecto, el olor que emergía por el orificio que acababan de abrir en la puerta.

Fue al abrir completamente la puerta cuando oyeron el rugido infrahumano, salvaje, que brotaba del interior del cuarto.

Permanecieron amante unos instantes indecisos, sin saber lo que hacer, con las armas preparadas, sabiendo que iban a enfrentarse con algo desconocido y misterioso, al tiempo que peligroso y horrible.

—¡Vamos! —gritó James.

Y penetró, delante de todos, con la pistola en la mano, seguido inmediatamente de los otros.

Apenas habían penetrado en el pasillo cuando una forma humana, que surgió de las profundas tinieblas que reinaban en el interior, se lanzó contra ellos.

James lo vio venir, como una exhalación; pero antes de que aquella especie de bólido llegase hasta ellos, tuvo tiempo de gritar, con todas sus fuerzas:

—¡No lo matéis! ¡Cogedle vivo!

Recibió el empuje brutal de aquella bestia desencadenada y cayó al sucio; sin embargo, se agarró a las vestiduras de su enemigo, arrastrándolo en la caída.

Los policías se precipitaron sobre el agresor para sujetarle.

Durante un par de minutos, James creyó que no lo contarla. El peso de todos los que tenía encima y las manos del asesino, que habían logrado afianzarse en su cuello, le nublaron la vista, pareciéndole que su cabeza iba a estallar de un momento a otro.

Después, bruscamente, sintió que las manos que le aferraban por el cuello perdían fuerza y que, finalmente, el peso tremendo que estaba soportando desaparecía por completo.

Alguien le ayudó a incorporarse.

Se secó, con el dorso de la mano, la sangre, que brotaba de sus labios, ya que había recibido un cabezazo del otro, y le miró.

Lo tenían cogido fuertemente entre cuatro policías. Y, a pesar de todo, se debatía locamente, con la boca llena de espuma y los ojos fuera de las órbitas.

—¡Esposadle! —rugió.

Reducido, aquel ser siguió debatiéndose.

Finalmente, lo condujeron al coche, llevándolo directamente a la prefectura. Andrew estaba contento como nunca.

—¡Qué éxito! —decía—. ¡Ya verá usted cómo aumenta el turismo este año, señor Swain!

—Olvide eso, al menos, por ahora, amigo mío. Y haga que venga un médico para que reconozca al monstruo.

Uno de los policías se presentó en aquel momento.

—Hemos reconocido la casa, señor —dijo—. Ahora se puede explicar el horrible hedor que despedía aquella casa.

—¿Qué han encontrado?

—Media docena de animales muertos: perros, gatos y hasta una oveja. No tenían más que la piel y los huesos. ¡Ese monstruo les había chupado la sangre!

—Sí. Debió hacerlo cuando sus presas humanas fueron difíciles de cazar.

Otro policía anunció la llegada del doctor.

—Dígale que pase —ordenó Andrew.

Y cuando el galeno hubo estrechado las manos de los presentes.

—Queremos que reconozca a ese monstruo, doctor —dijo James—. Tendrá usted el honor de haber sido el primero en contemplar una criatura extraterrena.

—Está bien. Vamos.

Pasaron a la celda donde el «vampiro» había sido encerrado. Con la ayuda de dos hombres, se le desnudó por completo.

El médico se volvió a Swain.

—¡Es igual a nosotros! —exclamó con un sincero acento de sorpresa.

James estaba tan extrañado como él.

—¿No puede disimular órganos bajo la piel, doctor?

El médico no dijo nada. Se limitó a palpar y auscultar a la criatura que tenía ante sí.

—ESTE SER ES UN HOMBRE COMO NOSOTROS —afirmó rotundamente.

Capítulo VIII

POR qué aquel miedo?

Estaba tan tranquila, pensando en desnudarse para descansar —había pasado casi la totalidad de la noche anterior en la clínica donde Dan estaba hospitalizado—, cuando aquella absurda sensación de horror la penetró como un cuchillo, por la espalda.

Se estremeció.

Después, sin volverse, estaba ante el espejo de la coqueta, lanzó una medrosa mirada hacia la imagen de las dos habitaciones que reflejaba el cristal. La profusa iluminación que reinaba por doquier la serenó un tanto, pero fue un apaciguamiento efímero.

De nuevo, más violentamente que nunca, sintió las garras del miedo que se le clavaban en el pecho.

Era una sensación tan desagradable como angustiosa; algo que la paralizaba por completo, dejándola en una especie de lugar horrendo, con el único sonido de su propio corazón, que resonaba extrañamente.

No puniendo más, se precipitó al teléfono, pidiendo comunicación con el «hall». Momentos más tarde, la agradable y simpática voz de Charlie sonaba en sus oídos.

—¿Ocurre algo, Mary?

Ella hizo un esfuerzo por dominarse.

—No, no es nada, amigo mío. Te llamaba solamente para saber si

estabas ahí. Ya sabes cómo somos las mujeres. Estaba un poco nerviosilla, eso es todo…

—¿Quieres que suba?

—No, no es necesario; Hasta luego, Charlie.

—Que pases buena noche, Mary.

Ella colgó el microrreceptor, suspirando como si acabase de librarse de un peso horrible. Luego, musitando una melodía moderna, volvió a sentarse ante la coqueta, empezando a darse la crema de noche.

¡Qué tonta era!

Estaba mejor guardada que todas las mujeres de la ciudad y todavía se atrevía a sentirse sola y desdichada.

—¡Soy una estúpida! —dijo en voz alta.

Se desnudó rápidamente, encontrando la cama templada, como un nido. Arrebujándose sobre sí misma, se preparó para pensar en aquel maravilloso tipejo que, dentro de unos días, volvería a pasearse con ella.

—¡Dan querido! —musitó con un hilo de voz.

Y se quedó dormida.

Al despertarse, bruscamente, la horrenda sensación de peligro volvió a apoderarse de ella por completo. Durante un buen rato —el tiempo era tremendamente largo— luchó contra aquel cepo que parecía ahogarla por momentos.

Después, en un momento de decisión, se volvió, deseando convencerse de que volvía a asustarse sin motivo, hacia la ventana.

La sangre se le heló en las venas.

La luz de la luna, una luna llena de dimensiones colosales, recortaba perfectamente la silueta de la horrenda criatura que estaba intentando abrir silenciosamente el balcón.

Fuera de su forma humana, apenas visible, excepto la silueta, ERAN LAS DOS ALAS QUE SURGÍAN DE SU ESPALDA LAS QUE HICIERON COMPRENDER A LA MUCHACHA QUE EL VAMPIRO ESTABA ALLÍ…

* * *

Dan había luchado, durante el tiempo que permaneció inconsciente, mientras la sangre le penetraba nuevamente en sus venas, contra el absurdo de aquello que, sin embargo, era una indiscutible realidad.

Recordando los detalles de su aventura nocturna, cuando se prestó voluntario para descubrir al vampiro, no podía separarse de la horrible sorpresa que había tenido al ver que el monstruo era su propio amigo

Weber.

Naturalmente, que jamás creyó que fuese el jovial repórter del «Herald» el culpable de aquellos horrendos asesinatos; pero, de todas formas, tampoco podía dudar de sus sentidos y de aquella voz ronca que oyó, cuando el vampiro se lanzó sobre él Y QUE ERA LA DE SU AMIGO.

El problema le hizo sufrir horriblemente.

Todo aquello lo padeció en el silencio cerrado de su inconsciencia, sin oír más que aquella voz que repetía sus amenazas, sin ver más que la silueta horrenda del vampiro, que se le acercaba una y mil veces.

Ahora, ya consciente, cuando empezaba a comprender las cosas, cuando había lanzado a Swain a la caza del monstruo, la sensación de desconfianza volvía a apoderarse de él.

Porque, a pesar de todo, TEMÍA QUE SU AMIGO COMETIESE UN IRREPARABLE ERROR.

«Hemos jugado como niños —se dijo—. Y menos considerando al vampiro como un ser estúpido, capaz de caer en cualquier trampa. Sin embargo, él nos ha demostrado gozar de una inteligencia privilegiada. ¡Es mucho más listo que nosotros!»

Si James había obrado sabiamente, el problema se habría resuelto total y rápidamente; pero si por el contrario, HABÍA COMETIDO EL ERROR QUE DAN TEMÍA…

Se sentó en la cama, incapaz de permanecer allí, y tocó el timbre, hasta que la enfermera, alarmada, abrió la puerta.

—¿Le ocurre algo, señor Fulton?

—¡Deme mi ropa!

—¿Eh?

—¡Que me dé mi traje y mis zapatos!

—No irá usted a marcharse, ¿verdad?

—Sí. Escuche, señorita. Es mucho más importante de lo que usted piensa. La vida de una persona depende de esto. ¡Por favor!

Ella se conmovió, pero su espíritu profesional le hizo retroceder en la decisión que casi había tomado.

—Es imposible, señor Fulton. Compréndalo. Está usted todavía muy débil.

Dan se mordió los labios.

—¡Póngame una inyección de cualquier cosa, señorita! Algo que me dé fuerzas suficientes para impedir uno de esos horrendos asesinatos. ¿No haría usted algo semejante por una persona amada?

Se dio cuenta de que acababa de dar en el blanco. La muchacha suspiró profundamente y mirándole con los ojos muy abiertos.

—¿Sabe usted que pueden expulsarme por dejarle salir?

—No lo harán, se lo aseguro. Intervendré y haré que la apoyen mis amigos influyentes.

—Después de todo —dijo ella, encogiéndose de hombros—, iba a abandonar todo esto para casarme con Philip. Quizá sea usted el brazo ejecutor que adelante la boda.

—¡Y el padrino! Si usted lo permite.

Ella sonrió, sin ninguna clase de dudas en la decisión que iba a tomar.

Le entregó la ropa, diciéndole:

—Vaya vistiéndose. Prepararé una doble dosis de algo que le devolverá durante dos horas toda la energía que necesite.

Momentos más tarde, Dan salía del hospital, sintiéndose maravillosamente bien bajo los efectos de la droga que le había administrado la enfermera.

Aunque empezaba a ser tarde, logró hallar un taxi, a cuyo conductor dio la dirección del hotel donde se hospedaba Mary.

«Es casi seguro que llegue a tiempo» —se dijo, convencido de que se había decidido a obrar en el momento justo.

Pero, al llegar al hotel, el corazón se le encogió al ver los tres coches de la policía que había estacionados en la puerta. Bajó del taxi, tras abonar la carrera, y penetró como una exhalación, topándose con James, que se disponía en aquel momento a salir, acompañado de su inseparable Andrew Salomon,

—¡Tú aquí! —gritó el policía,

—¿Y Mary?

El otro frunció el entrecejo.

—Salió, hace un rato, envuelta en una bata y con un rostro de horror que extrañó al conserje. Por eso nos ha llamado…

—¡Hay que buscarla! ¡Él la persigue! ¡Debías haberlo comprendido!

—Pero si yo fui a casa de tu amigo, siguiendo tus indicaciones.

—¿Y qué encontraste?

—A Weber, rodeado de animales a los que habían succionado la sangre… El médico afirma que no puede ser el vampiro.

—¡Claro que no, zoquete! ¿ES QUE NO HAS PENSADO QUE EXISTEN DOS WEBER?

—¿Eh?

—¡Vamos! No puedo detenerme a explicarte todo. ¡Mary está en peligro!

Y volviéndose al jefe de policía:

—¡Movilice a todos sus hombres, a todos sus coches, señor; se lo suplico!

Andrew asintió con la cabeza.

—Lo haré ahora mismo. Voy a utilizar la radio de nuestro coche. Vamos.

Los vehículos se pusieron en marcha y Salomon, con los labios pegados al microteléfono, empezó a dar órdenes, indicando un sector a cada patrulla.

La caza había empezado.

* * *

Extrañada de no ver a Charlie en el «hall», donde esperaba encontrarle, Mary hizo caso omiso de los gritos del conserje y atravesó el vestíbulo, helada de terror.

Una vez en la calle, casi desierta a aquella hora, ya que la policía había rogado a la población que se abstuviese de salir de sus domicilios en cuanto cayese la noche, corrió al otro lado de la calle, decidida a ir a la clínica para que Dan la protegiese del monstruo.

—No había tenido tiempo más que de echarse la bata sobre los hombros e iba descalza. Pero en aquellos momentos el frío del asfalto no era motivo alguno que le preocupara.

Deseando acortar el camino, tomó por uno de los callejones que conducían a la parte posterior de la universidad; desde allí, cruzando una plaza repleta de árboles, estaría ya junto a la clínica.

ENTONCES VOLVIÓ A VERLO.

¿Por qué levantó la cabeza hacia el cielo?

Quizá fue porque oyó el batir escalofriante de las alas. Y no se equivocaba: el vampiro volaba sobre la calle, a la altura de los tejados, pasando de un lado a otro.

Su alucinante sombra se proyectaba nítidamente sobre los adoquines.

Mary ahogó el grito de horror que pugnaba por salir de su garganta. Enloquecida de miedo, dobló la primera esquina, echando a correr.

Pero pronto se percató de que todo intento de huida resultaría baldío.

Si vampiro la sobrevolaba, sin prisas, seguro de su presa, gozándose, sin duda alguna, del pavor de su víctima, como si aquello le enervase, haciéndole más placentera la caza.

Ella siguió corriendo, desesperadamente, hasta que sus sienes empezaron a latir y su corazón amenazó con salírsele del pecho. Entonces, en el límite de sus fuerzas, hubo de detenerse, pegándose a la pared y siguiendo su camino lentamente, sin esperanza, y con un dolor agudo en el costado izquierdo.

EL VAMPIRO SEGUÍA VOLANDO SOBRE LOS TEJADOS.

Se sintió irremisiblemente perdida y, sin fuerzas ya para proseguir su camino, se apoyó en la pared de unos edificios, cerrando los ojos, dispuesta a morir, puesto que no le quedaba otro remedio.

Fue entonces cuando la sirena de un coche policial sonó muy clara; aquella sirena la hizo estremecerse de esperanza, Y cuando otra y otra sirena chillaron lúgubremente en la noche, ella empezó a correr, sacando fuerzas de flaqueza, deseando tropezar con uno de aquellos coches.

Miró hacia arriba.

EL VAMPIRO HABÍA DESAPARECIDO.

Con el corazón inundado de esperanza, siguió adelante, corriendo a veces. Las sirenas volvían a oírse, cada vez más cerca.

—¡Mary!

Se detuvo, sobresaltada, viendo cómo el hombre cruzaba la calle, respirando con dificultad, como si acabase de correr como ella.

—¡Mary!

Le reconoció enseguida.

—¡Charlie! ¡Amigo mío! ¡Gracias a Dios!

—¡No sabes lo que me ha costado encontrarte, Mary! Había salido a beber un trago y cuando volví, el conserje me contó lo que había pasado. Ha sido una suerte hallarte.

Ella lanzó un profundo suspiro.

—¡Qué noche he pasado, Charlie! ¡Jamás la olvidaré! —luego, señalando al cielo—: ¿No le has visto?

—¿A quién?

—Al vampiro. Estaba ahí arriba hace sólo unos instantes. Huyó cuando sonaron las sirenas de la policía.

Él sonrió y tomándola por el brazo:

—No te preocupes más de él, Mary. Vamos.

—Sí. Vamos a la clínica. No me moveré de allí hasta que Dan salga.

—Me parece la mejor solución.

Las sirenas seguían sonando, por distintas partes, pero un tanto alejadas.

—Están buscándole —dijo ella—. No se escapará.

—Seguro —repuso él.

La hizo torcer por la primera esquina, tomando un callejón solitario y estrecho, por el que avanzaron deprisa.

Ella, a pesar de todo, volvió a sentir miedo.

Y se lo dijo.

—No temas, pequeña; hemos tomado un atajo. Conozco la ciudad como la palma de la mano. En seguida llegaremos.

Pero, cuando un poco más allá, casi junto a la otra esquina, donde el callejón desembocaba en una calle importante, él la detuvo, fuertemente, pegándola contra la pared, con una risita escalofriante, ella le miró con los ojos desorbitados por el horror.

—¿Qué te ocurre, Charlie?

Mientras la sujetaba con un brazo poderoso, se desabrochó la camisa, a la altura del pecho.

Y ella, por vez primera, VIO AQUELLOS DOS TENTÁCULOS QUE SALÍAN, COMO DOS SERPIENTES, ACERCÁNDOSE A SU GARGANTA.

Lanzó un alarido de horror.

Luego, casi desmayada, sintió el viscoso contacto de los tentáculos, cuyas ventosas terminales le acariciaban el cuello, buscando afanosamente las venas.

Fue en aquel preciso instante cuando el coche giró en la esquina, lanzando la poderosa luz de los faros sobre la horripilante escena.

—¡Es Mary! —rugió Dan.

Y sin armas, seguido por James y Andrew, que empuñaban las pistolas, corrió como un loco hacia el vampiro.

Éste, sorprendido, soltó su presa, que cayó desvanecida en el suelo. Luego, comprendiendo que estaba cercado —otros policías se acercaban por el otro extremo del callejón—, se quitó velozmente la chaqueta. Las alas batieron potentemente el aire.

James hizo fuego dos veces.

Habían apuntado a la cabeza, mientras el vampiro corría por el callejón y Dan, que tenía a Mary en sus brazos, gritó:

—¡Tira al pecho, Swain! ¡¡Al pecho!!

James ya se había dado cuenta de que, a pesar de que sus balas destrozaron la cabeza del monstruo, éste seguía corriendo, COMO SI NADA.

Andrew y él dispararon, al unísono.

El vampiro, que se elevaba ya, batiendo sus alas membranosas, cayó pesadamente al suelo.

EPÍLOGO

MARY esperaba fuera.

En el interior del laboratorio, una docena de profesores, llegados en avión de Washington, terminaban su examen. Sobre la mesa de mármol, el cuerpo desnudo del vampiro ofrecía un aspecto alucinante.

PRIMERO HABÍA LA CABEZA HUMANA.

Reposaba sobre una especie de muñón repelente y velludo, del que surgían una serie de hilos pardos que se adentraban en la cabeza humana que tenían encima.

—Esta criatura —dijo uno de los profesores— utilizó la cabeza del hombre al que asesinó, decapitándole. Estos hilos son, en realidad, nervios que inervaban la cabeza humana. Gracias a ellos, el vampiro podía utilizar el cerebro humano y todo el resto, de manera completamente normal.

—¿Por qué escogería esa cabeza precisamente? —inquirió James.

—Deseaba, probablemente, poder gozar de una personalidad conocida y relacionada indirectamente, con sus enemigos: los policías. Él debió observar que el tipo que le convenía era usted, Fulton; pero no logró hallar el doble que necesitaba. Por el contrario, cuando vio al viajante, que tanto se parecía a Weber, se dio cuenta de que había encontrado lo que le iría a las mil maravillas. Así podía gozar de una personalidad y guardar al doble.

—Eso fue lo que hizo. Apresó al verdadero Charlie y lo encerró en aquella horrible habitación, donde consumía la sangre de los animales, cuando no podía satisfacer su sed de sangre humana. Por desgracia, Weber se volvió loco…

—Y cualquiera, en su puesto, hubiese perdido la cabeza.

—¿Por qué prefería la sangre de mujer?

—Porque la suya se aglutinaba con la de los hombres. Hemos

estudiado su curioso aparato digestivo y hemos comprobado eso.

James miró el muñón velludo.

—¿Es «eso» su verdadera cabeza?

—Sí.

—¿Y los ojos?

—Son estas dos placas, en todo semejantes a los ojos de les insectos. En contra de lo que pensamos, el poseer estos órganos visuales le hacía ver maravillosamente bien. Pero una vez se adaptó la cabeza del desdichado viajante, utilizó los ojos humanos.

—¿Y por qué se alimentaba con sangre?

—Es su forma natural de vida. Todos sus órganos están orientados hacia esa manera de supervivencia. Es un verdadero vampiro, en toda la extensión de la palabra.

—¿Y de dónde puede haber llegado?

El profesor se encogió de hombros, suspirando profundamente.

—¡Cuánto me gustaría saberlo! De todas formas, debe venir de muy lejos. El análisis del metal del que estaba construida su astronave parece demostrar que llega de fuera de la Vía Láctea.

—¿Y cómo llegó hasta aquí? ¿Formando parte de una invasión?

—Eso jamás lo sabremos. A menos que tengamos la desagradable sorpresa de recibir nuevas visitas, de tipo semejante. ¡Y ojalá no ocurra eso nunca!

—Respecto a los tentáculos acabados en ventosas —dijo otro de los profesores— surgían, como pueden ver ustedes, del lugar donde debía tener la boca. Al utilizar la cabeza del humano decapitado, le salían, naturalmente, a la altura de lo que hubiese sido el pecho en una persona normal.

—¿Y las alas?

—Forman un juego aparte de los brazos. En realidad, lo único humano de este ser son los brazos y las piernas, en todo semejantes a los nuestros. Esto nos ha hecho pensar en la posibilidad de que se trate de una especie degenerada…

Fulton cogió a James per el brazo.

—¿Y si nos fuésemos? ¿No te parece que ya hay bastante?

—Sí.

Y señalando la cámara del otro.

—¡Vas a hacer el reportaje más sensacional de la historia, Fulton!

Sonrió el periodista.

—Sí. El más sensacional de mi carrera. Y el último.

—¿Vas a retirarte?

—¿Cómo no? Ya estoy harto de correr de un lado para otro, detrás de una mujer que me ha vuelto medio loco. Ahora, que ya la tengo entre los brazos, voy a dedicarme a escribir. Este vampiro me ha dado muchas ideas. Y no tardarás mucho en leer mis novelas de anticipación, pobladas de monstruos procedentes de los cuatro puntos cardinales del universo.

—No los leeré —dijo el otro.

—Lo comprendo. Pero yo no soy de los que olvido a los amigos. De vez en cuando, para pasar el tiempo, escribiré algunas historias sobre «Las aventuras del agente federal Swain». Y ahora que recuerdo, ¿por qué no cambias de nombre, James?

—¿Por qué?

—¿Sabes lo que significa, fonéticamente, tu apellido en alemán?

—No.

Y Fulton, separándose de su amigo, imitó el gruñido del cerdo, teniendo que correr hacia los brazos de Mary que le esperaba fuera, para evitar el puñetazo que le dirigió el del FBI.



TERROR EN TECNICOLOR

Capítulo I

STREMAN descendió de la torreta de observación, desde donde había estado echando una ojeada al espacio. Al fondo, en la negrura densa del cosmos, había descubierto un astro insignificante, mucho menos brillante que los otros; pero que, por un hondo motivo, le había llenado el pecho de gozo.

Plutón.

Era como el primer signo de algo familiar y conocido, que se viese al regreso, como la puerta de la verja del hogar, como el árbol de la esquina de la calle: algo que anunciaba la proximidad de un lugar donde hemos nacido y donde, impelidos por un oscuro instinto fanático, deseamos morir.

Plutón significaba el principio del Sistema Solar, la llegada a un espacio conocido y amigo, la presencia inmediata de todos los planetas exteriores, el paso por la zona de los planetoides, detrás de Júpiter, el aterrizaje previo en Marte y después, salvadas las primeras molestias de la Aduana espacial, el viaje directo hacia la Tierra.

Para un hombre como Streman que, como el resto de la tripulación del «Ganimedes» —espacionave de exploración galáctica— llevaba sesenta y tres meses de viaje ininterrumpido, la vista de Plutón era algo que poseía una honda significación preciosa.

Al descender a la plataforma principal de la astronave, el capitán Streman lanzó una ojeada hacia el salón, situado inmediatamente debajo, oyendo, al mismo tiempo, las risas de la tripulación que estaba, reunida allí.

Era natural y humano que la alegría del regreso invadiese todo, volviéndolos más elementales, más sencillos e infantiles, haciéndoles

olvidar los resquemores, las diferencias y los disgustos que toda exploración espacial produce.

La vuelta de la alegría a la astronave era un indicio de que todo marcharía bien, de que las cosas más pesadas se harían con una sonrisa en los labios y que la labor de la preparación del informe para la Comisión Solar del Ultraespacio se realizaría sin «anicroche», buenamente, colaborando todos, como buenos compañeros que eran.

Se asomó a la puerta del salón.

—¿Qué hay, muchachos?

Se volvieron todos, con un extraño brillo en los ojos. Y Streman pudo ver que Lewerson, el mecánico, tenía una revista entre las manos.

Se acercó a ellos.

—¿Habéis descubierto un nuevo chiste espacial?

Le miraron con un poco de conmiseración; luego, el mecánico, guiñando un ojo a los demás, colocó la revista abierta ante los ojos del capitán.

—¿Recuerda usted la existencia de estas cosas, señor?

La foto, en relieve y color, representaba el final del Concurso de Belleza Cósmica. Un grupo de bellísimas jóvenes, en traje de baño, desfilaban sobre el fondo azulado de un horizonte marino.

Streman frunció el entrecejo.

—¿De dónde han sacado esta revista?

—De la biblioteca, señor: sección C.

—¿No habla ordenado que no se tocarse la sección C?

Intervino Curtis, el piloto:

—Estamos ya de vuelta, señor. No creímos obrar con mala fe.

—Hay que tener mucho cuidado con estas cosas, ya lo saben. Un viaje tan largo como el que hemos realizado modifica la sensibilidad personal de tal manera, que hay cosas, fútiles en la vida normal, pero excesivamente peligrosas en nuestras circunstancias.

—No creo que enloquezca nadie con esta foto —dijo Flower, el astronavegante.

El entrecejo del capitán se desfrunció, aflorando a sus labios una sonrisa.

—¡Han ganado, amigos míos! En efecto, dentro de dos semanas estaremos junto a Plutón y el resto del viaje nos parecerá cortísimo.

Se animaron todos, al ver el cambio del capitán

—¡Fíjese usted en esta pelirroja, señor!

—¡Creí que ya no existían así!

—Yo hubiese dudado para clasificarlas entre las criaturas vivas —dijo Curmant, el astrobiólogo—. Las había olvidado por completo.

—¡Suerte la suya! —protestó el mecánico—. ¡Jamás me dejaron tranquilo!

—Es que sesenta y tres meses significan mucho tiempo…

—¡Cinco años y tres meses!

—¿Te parece poco?

La revista pasó de mano en mano y los comentarios fueron subiendo de tono, hasta que Streman cortó aquella escabrosa conversación.

—¡Basta! He hecho muy mal en permitirles algo que está fuera de lo normal en el interior de una nave como «Ganimedes». ¡Vuelvan esa revista a la biblioteca!

El mecánico obedeció a regañadientes.

Poco después, cuando el capitán hubo regresado a la torre de observación y encargado a los otros que fuesen preparando los borradores del informe, Flower, el astronavegante, con expresión cariacontecida:

—¡Nos toma por niños!

—Tiene que vigilar el estado moral de todos —se aventuró a decir Curmant, el astrobiólogo.

—¡Memeces! Hay un momento en que tanta orden y tanta disciplina empiezan a ser absurdas. ¿Qué importancia tiene que miremos las fotos de unas chicas cuando ya estamos cerca de Plutón?

—Eso es lo que yo digo —insistió el mecánico—. Está bien que, al alejarse del Sistema, cuando vamos a pasar meses y meses lejos de la civilización, se cuide del estado moral de los hombres, evitándoles que se compliquen la vida con cosas que están definitivamente fuera de su alcance. ¡Pero ahora!

—Tienes razón —insistió Flower—. Yo, por mi parte, voy a ir preparando el televisor. Quiero, en cuanto entremos en el Sistema, volver a ver las caras bonitas de las «viso-locutoras». ¿Os acordáis de aquella Peggy, de la cadena Interamérica?

—¡Qué bombón! —se relamió Curtís.

—Era sencillamente, sensacional.

—Estupenda.

—¿Creéis que estará aún en la cadena?

—¡Claro que si! Recuerdo, en otro viaje, que cogí la Interamérica

más allá de Plutón. Es la más potente de todas ellas…

—Eso es lo que haremos. Prepararemos el aparato y captaremos las emisiones desde que nos sea posible.

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—El capitán.

—¡Es un fastidio!

Lewerson se dio un golpe en la frente.

—¡Ya lo tengo! Instalaremos el aparato en el laboratorio de Gurmant. ¿Vale?

Todas las miradas se concentraron en el astrobiólogo.

Éste asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Podéis llevar el televisor al aparatorio cuando queráis. No seré yo quien me oponga.

Capítulo II

TODOS dormían, incluso el capitán. En la torreta de observación, el mecánico hacía su turno de guardia.

El «Ganimedes» parecía inmóvil en el espacio; sin embargo, escapado de la órbita del último astro que había visitado, avanzaba a una loca velocidad, sin la menor vibración, acelerado desde su momento de escape y manteniéndose igual hasta que una nueva órbita le atrajese.

Los cálculos habían sido hechos hasta la órbita de Júpiter, masa enorme que los astronautas tenían que calcular forzosamente en sus viajes fuera del Sistema.

No quería decir aquello que la astronave aterrizase en el gigante de los gigantes; pero, desde su órbita, una nueva serie de cohetes atómicos impulsarían al «Ganimedes» hacia Marte, con una facilidad maniobrera extraordinaria.

Lewerson se había pasado la primera parte de su guardia mirando fijamente a Plutón, cada vez más cercano y brillante. Luego, con una sonrisa pícara, había sacado de uno de sus bolsillos la página que había arrancado de la revista que el capitán le había ordenado reintegrar a la biblioteca.

La contemplación de las excelentes fotos en relieve prestó a sus ojos un brillo particular.

Durante largo rato, permaneció hondamente ensimismado en aquello, imaginándose en medio de aquellas muchachas, formando parte del jurado y hallándose, como él, ante, una dificultad espantosa para decidir cuál de aquellas jóvenes merecía el premio.

Cansado de las imágenes que, aunque magistralmente realizadas,

terminaron por hastiarle, guardó la hoja en el bolsillo y se frotó la frente, como si la fiebre —una fiebre desconocida—hiciese arder sus sienes.

Un poco más tarde, sin poder resistir la oleada de sangre que le invadía, descendió de la torreta de observación, marchando sigilosamente hacia el laboratorio del astrobiólogo. Éste, Curmant, dormía apaciblemente, al lado del laboratorio, no percatándose de la presencia del mecánico que, como una sombra, penetró en la estancia.

El aparato de televisión estaba situado al fondo, entre un monumental microscopio electrónico y un aparato de metabolismo basal. Lewerson se sentó frente al aparato, poniéndolo en marcha, sin esperanza, pero como empujado por un deseo que no podía contener.

Durante un buen rato, las rayas paralelas corrieron de un lado para otro, sin mayor concretización, limitándose a reflejar en la pantalla curiosos dibujos que hasta lograron distraer al mecánico.

Pero luego, cuando de repente se iluminó bruscamente la pantalla, Lewerson palideció intensamente.

Pero luego, cuando de repente se iluminó bruscamente, una escena se reflejó con una nitidez extraordinaria, poniendo ante los dilatados ojos del mecánico, una escena que parecía surgir de lo hondo de su cerebro atormentado.

El bosque era lujurioso hasta extremos inverosímiles. Plantas verdes, de amplias y cimbreantes hojas, subían hasta inconcebibles alturas, tamizando la luz de cuatro soles gemelos que parecían flotar sobre un horizonte rosado.

Pero no fue aquello lo que llamó poderosamente la atención de Lewerson; la escena pasó velozmente por su mente, concentrándose enseguida en el centro de una especie de calvero por donde discurría un río de mansas aguas. Allí, bañándose, cubiertas por preciosos trajes de baño, media docena de muchachas se divertían, agitándose graciosamente y prorrumpiendo en voces que el terrícola no llegaba a entender.

Mas, lo verdaderamente extraordinario, además de la singular belleza de aquellas muchachas, era el color de su piel, diferente de unas a otras y que producían un efecto tan sorprendente como maravilloso.

¿Podía imaginarse, por ejemplo, una mujer de color azul?

Con los ojos desmesuradamente abiertos, Lewerson se dio cuenta de que, en contra de lo que podía parecer, aquella mujer verde ofrecía un conjunto agradable, con sus largos cabellos intensamente negros. Era



una belleza que resaltaba mucho más de lo que, de momento, hubiera parecido posible.

Capítulo III

CURTIS se había colocado junto a la puerta, con el oído atento a los ruidos que pudiesen proceder de la torreta.

Allí estaba, como de costumbre, el capitán.

—¡Es fantástico! —exclamó el astrobiólogo.

—¡Es maravilloso! —corroboró el mecánico, entusiasmado.

Aquellas últimas tres noches —en realidad llamaban así al tiempo que descansaba el capitán, ya que día y noche no poseían significación alguna en el espacio— las habían pasado junto al televisor, mudos de asombro y admiración, con los ojos extrañamente abiertos y un sudor frío que perlaba sus frentes.

Ahora conocían ya perfectamente a todas aquellas muchachas que, en el bucólico cuadro de la exuberante vegetación que les rodeaba, semejaban ninfas de un cuadro del Renacimiento, retocadas, en color, por el más atrevido de los pintores cubistas.

Hasta habían elegido.

Entre sonrisas, tomándolo como una diversión, pero sintiendo duramente el aguijón del deseo, habían expresado sus preferencias ante aquel cuadro de belleza indudable.

El mecánico había escogido a la muchacha de piel verde.

Luego, después de las primeras sesiones, alguien empezó a preguntar, sin alzar mucho la voz, la posible situación de aquel misterioso planeta que, de todas formas, no podía estar muy lejos, ya que las ondas de la televisión en color llegaban hasta la astronave.

Se habían confabulado para descubrirlo.

Y así, durante las guardias que todos y cada uno de ellos hacían en la torreta, se preocuparon únicamente de situar en el espacio a aquel

mundo singular que habían descubierto por casualidad.

Flower, el astronavegante, fue quien logró localizar al planeta, guiándose por los cuatro soles que hablan visto brillar en sus paisajes.

—Está hacia Orión, a unos once millones de kilómetros de Plutón.

—Nos estamos alejando de él, ¿verdad? —inquirió Lewerson, con voz sorda.

—Todavía no —replicó Flower—. Pero, a partir de mañana, dentro de unas veinte horas, nos iremos separando de él para siempre.

Guardaron silencio.

Todos ellos habían olvidado, como por ensalmo, que estaban a punto de entrar en el Sistema, de regresar a casa… Ante la nueva y excitante aventura que se les presentaba, la Tierra, con sus ciudades archiconocidas y su civilización fastidiosa les hastiaba; al menos en aquellos momentos.

—Mañana será, ya demasiado tarde —musitó el astrobiólogo, como si hablase por boca de todos.

Hubo otra larga pausa.

—¿No habría posibilidad de decírselo al capitán? —inquirió repentinamente Curtís.

Le miraron con asombro, sin osar decir nada, esperando que continuase hablando.

Así lo entendió él y prosiguió:

—La desviación de la astronave y la visita a ese maravilloso mundo no nos llevaría más de cinco semanas. Además, por primera vez, Streman no se encontraría con la oposición de la tripulación del «Ganimedes» que —sonrió—, esta vez estaría completamente de acuerdo para secundarle.

—¿Cómo ha podido escapar ese planeta a la observación de otros exploradores del espacio?

—Puede que sea por no haber conectado la televisión. Ya sabéis que, en cuanto se pasa de Plutón, se considera que los mundos no están tan civilizados como los de nuestro Sistema.

—Y eso es verdad. Nosotros hemos visitado ya una gran parte del cosmos.

—Querrás decir que «era» verdad. La prueba la tenemos, lo suficientemente explícita para que sea indudable.

Curmant, el astrobiólogo, que había guardado silencio hasta entonces, se decidió y dijo:

—Yo se lo diré al capitán. Aprovecharé un momento, cuando abandone la torreta y le llevará a mi laboratorio.

—¡Eres un valiente, amigo, mío!

Justamente, en aquel momento, Curtis, desde la puerta, le hizo un gesto.

—¡Ya viene!

Se sentaron en la mesa, simulando estar profundamente enfrascados en la confección del famoso informe.

Así los encontró Streman.

—Curtis, ya puede usted subir a la torreta. Es su turno.

—Sí, señor.

Salió; pero, antes de alcanzar la puerta, ya a espaldas del capitán, se volvió, guiñando significativamente el ojo a Curmant. Éste asintió disimuladamente.

Streman echó una ojeada a la marcha de los informes de sus colaboradores, mostrándose satisfecho del avance.

—Esto va muy bien —dijo; luego bostezando—: Creo que voy a descansar un poco.

Fue entonces cuando Curmant intervino y acercándose a él:

—Desearía hablar con usted, mi capitán.

—Bien, amigo mío. Diga lo que quiera.

—Preferiría que viniese un instante a mi laboratorio.

—Vamos.

Todos levantaron disimuladamente la mirada de sus escritos para ver desaparecer a los dos hombres.

Momentos más tarde, ya en el laboratorio, el astrólogo invitó a Streman a que se sentase en un cómodo sillón, justo frente al televisor.

—¿De qué se trata? —inquirió el capitán, encendiendo un cigarrillo.

—Verá usted, señor. Hemos descubierto un planeta habitado.

—¿Sí?

Streman enarcó las cejas, visiblemente interesado.

Era un hombre que frisaba la cuarentena, firme de propósitos, batido en las luchas del espacio, dueño de sí mismo y con una ecuanimidad verdaderamente fantástica.

—Sí, señor —prosiguió el otro—. Ha sido una verdadera casualidad —sonrió, forzadamente—. En realidad, ha sido gracias al aparato de televisión.

—¿A la televisión? Creí que no percibía nada fuera del campo

gravitatorio de Plutón. Aun a veces, ni en las cercanías de este astro se captan las imágenes de la cadena Inter-Sistemas, emitidas desde Júpiter.

—También nos hemos sorprendido nosotros, señor. No quisimos decirle nada hasta no estar seguros de ello.

—Sí que es una cosa interesante. ¿Dónde está situado ese planeta?

—Hacia Orion, señor.

—¡Qué raro! Tengo detalles de las exploraciones realizadas por ese lado del espacio. Recuerdo el libro del comandante Spleer; califica esa región cósmica como peligrosa…

—Eso no lo sabía yo, señor; pero puedo demostrarle que, al menos, el planeta que hemos descubierto no tiene nada de peligroso —una sonrisa entreabrió sus labios—. Puede decirse que todo lo contrario;

Streman se encogió de hombros.

—Está bien, amigo mío. Cuando ustedes lo afirman de esa forma, debe ser cierto. ¿Cómo puede demostrarme todo lo que ha dicho?

La expresión triunfal del rostro del otro le indicó, que debían estar en lo cierto.

—¡Fíjese bien, capitán!

Manipuló hábilmente el aparato y, unos minutos más tarde, después de algunas vacilaciones —en realidad estaba tremendamente nervioso y emocionado—, aparecieron las imágenes que tantas y tantas veces había visto, solo o en compañía de camaradas.

La misma región paradisíaca, la lujuriante vegetación, los cuatro soles gemelos, cuya maravillosa luz tamizaban las anchas hojas de aquella especie de helechos, y las muchachas, multicolores, fantásticas, repletas de una gracia singular, atractivas hasta lo inverosímil.

Entre ellas, la dama azul, como ya la llamaba en su interior y que era la que había elegido para él.

—¿Lo ve usted ahora, capitán? ¿No es maravilloso?

Pero Streman tenía los ojos fijos en el astrobiólogo y el entrecejo densamente fruncido.

Porque, para STREMAN, LA PANTALLA DEL TELEVISOR SEGUÍA TAN BLANCA COMO AL PRINCIPIO.

Capítulo IV

—LO veo perfectamente, Curmant. Es, verdaderamente, mucho más fantástico de lo que imaginaba.

—Iremos, ¿verdad, capitán?

Streman asintió con la cabeza.

—Desde luego. Déjenme estudiar esto con algunos detalles. No quiero aventurarme, así como así, hasta que no haya recogido ciertos datos.

—¡Cuente con toda la tripulación, señor Streman! Trabajaremos sin descanso para procurarle los detalles que necesite.

—Gracias, Curmant. Ahora voy a descansar un poco.

La emoción del astrobiólogo era tan intensa que no se movió de allí en largo rato, hasta que los pasos de Streman se perdieron definitivamente en el dédalo de pasillos metálicos que conducían a su aposento.

Cerró el aparato de televisión, después de echar una nueva y amorosa ojeada a la Dama Azul, a «su» Dama Azul, dirigiéndose precipitadamente al salón.

Pero antes de penetrar allí, cuando pasaba junto a la escala que conducía a la torreta de observación, gritó con todas sus fuerzas.

—¡Baja, Curtis! ¡Baja enseguida!

Se reunieron todos en el salón, rodeando al astrobiólogo con una emoción indecible.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Ha aceptado! ¡Vamos a visitar ese mundo!

Perdiendo la seriedad, se agarraron de la mano, bailando en corro,

como un grupo de niños a los que se les acabase de procurar el mejor de los caprichos.

* * *

Sentado en el lecho, con el mentón apoyado en las manos y los brazos en las rodillas, Streman dejaba desfilar las imágenes tristes que pasaban por su mente.

Su rostro estaba dolorosamente contraído.

No hubiese llegado a imaginar nunca que cuando todo parecía haber terminado, cuando el «Ganimedes» apuntaba a Plutón y sólo faltaban muy pocas semanas para acabar el viaje, iba a presentarse un problema tan alucinante como aquél.

El problema…

Streman intentaba clasificarlo, ayudándose de todo lo que había estudiado, leído u oído sobre asuntos parecidos o semejantes; pero, a pesar del esfuerzo que hacía para desentrañar aquel horrible misterio, no lograba absolutamente nada.

En principio, orientó el asunto como un caso de alucinación colectiva, originado por unas vivencias que habían logrado «colarse» en la conciencia de sus hombres, haciéndoles ver cosas que realmente no existían más que en su calenturienta imaginación.

Pero hubo de desechar tal explicación.

El problema debía ser enfocado desde otro punto de vista, mucho más complejo, ya que una alucinación colectiva es, forzosamente, pasajera y puede ser destruida con cierta facilidad, cuando la causa que la provoca deja de influir.

¡La causa!

Le pareció haber encontrado «la causa», que no podía ser otra que el aparato de televisión de a bordo, que era el que había provocado y mantenido aquella extraña forma de locura.

Tenía que lograr engañar a sus hombres, hasta que una vez dentro del Sistema pudiese someterlos y obligarles a acabar el viaje como estaba previsto. Pero lo esencialmente difícil residía ahí: en engañarlos.

Todos ellos eran hombres preparadísimos, estupendos especialistas, a los que, como a él, bastaba lanzar una mirada a los instrumentos de navegación para conocer el rumbo y la dirección de la astronave.

¡Y les había, casi, prometido el viaje a aquel mundo inexistente!

De obedecerlos, lanzaría el «Ganimedes» hacia una región del espació que les alejaría del Sistema, haciéndoles perder un tiempo precioso y complicando horriblemente el estado psicológico de la

tripulación que, en el peor de los casos, podía insubordinarse contra él.

Necesitaba obrar rápidamente y de una manera efectiva.

Si la alucinación hubiese sido más restringida, afectando solamente a algunos de los miembros de la tripulación, la cosa hubiera sido mucho más fácil de dominar, ya que hubiese bastado encerrar a los «alucinados», que cualquier psicoanalista de la Tierra hubiese curado definitivamente en pocas semanas.

Tenía que dar el primer paso…

Capítulo V

LEWERSON, al descubrirlo aquella mañana, lanzó un rugido de rabia.

Corrió al salón —el capitán descansaba en su apartamento— y se encaró con los otros, haciendo bajar a Curmant, que estaba de guardia en la torreta.

—¡Es un canalla! —rugió con los ojos fuera de las órbitas.

Le miraron con asombro.

—¿Qué ha ocurrido? —se aventuró a inquirir Curtis.

—¡Ha destrozado el aparato de televisión! ¡Lo ha inutilizado para siempre!

Y mirando, con sorna al astrobiólogo.

—¡Y tú decías que lo habías convencido!

Curmant palideció.

—¡Te juro que me pareció plenamente dispuesto a satisfacer nuestro deseo!

—Pues ya lo ves…

Guardaron un silencio hosco durante unos minutos.

—¿Qué vamos, a hacer? —inquirió por fin Flower.

Los ojos del mecánico llameaban de odio al contestar:

—¿Que qué vamos a hacer? ¡Obligarle! Hacer que dirija, la astronave hacia ese planeta.

—¿Te das cuenta, Lewerson —dijo Curtis—, de que se trata de una insubordinación a bordo de una astronave en servicio oficial? ¿Has olvidado que esto que, quieres hacer se castiga, en el Sistema, con la pena de muerte?

—¡Idioteces! Cuando Streman vea, con sus propios ojos, ese

maravilloso planeta, olvidará lo que hemos hecho. Y, en el peor de los casos, si se pone un poco pesado…—miró intensamente a sus compañeros—, ¿os importaría vivir, el resto de vuestras vidas, al lado de esas muchachas?

Guardaron silencio.

—¡Yo no me movería de junto a mi Dama Verde!

Tardaron en contestar. El asunto les tentaba más de lo que parecía. Por eso, finalmente, estrecharon la mano que Lewerson les tendía.

—¡Estamos contigo!

—Entonces, ¡manos a la obra! Dejadme obrar a mí. Pongámonos a trabajar en este maldito informe, hasta que él venga.

Así ocurrió.

Una hora más tarde, Streman apareció en el dintel de la puerta del salón. Miró a los miembros ele su tripulación y sonrió tristemente al ver que trabajaban con una intensidad loable desde todos los puntos de vista,

«¿Habrán descubierto lo del televisor?», se preguntó.

Luego en voz alta:

—Buenos días, señores.

—Buenos días, capitán;

—¿Cómo va eso?

—Perfectamente —era Flower quien había contestado a la última pregunta—. Dentro de una semana el informe estará completamente concluido.

—De acuerdo. Habremos ya pasado la órbita de Plutón y estaremos camino de Neptuno.

—Sí, señor.

Se extrañó sobremanera de aquella actitud servil que flotaba en todos los rostros que empapaba todos los gestos. Pero su alarma duró muy poco, ya que, sin poderlo evitar, pensó en que la horrorosa alucinación debía haber cedido.

«He hecho muy bien en destruir el aparato —se dijo—; él era la principal causa.»

—Voy a subir a la torreta.

Fue al volverse, tranquilo y confiado como siempre, cuando sintió aquella desagradable sensación en la espalda, al tiempo que la voz de, Lewerson llegaba a sus oídos preñada de amenazas.

—No se mueva, capitán, o me veré obligado a apretar el gatillo.

Le desarmaron antes de que pudiese decir nada.

La sorpresa le había paralizado y cuando, después de que le hubieron atado sólidamente las manos, le volvieron cara a los insubordinados, sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

—¿Por qué habéis hecho esto, muchachos?

—¡Usted ha tenido la culpa! ¿Qué le importaba dedicarnos un par de semanas, tiempo que nos hubiese bastado para echar una ojeada a ese planeta? Nosotros llevamos meses, años, viajando, con usted, pendientes de sus órdenes, sin la menor protesta… ¡Y aún pregunta por qué hemos hecho esto!

Streman los miró fijamente a todos, de uno en uno.

—¿No os dais cuenta, desdichados, de que ese planeta no existe, que es un producto de vuestra imaginación febril, que padecéis una alucinación estúpida?

Lewerson lanzó una carcajada.

—¿No oís eso, muchachos?

Pero el capitán le interrumpió.

—¡Hacedme caso, amigos míos! ¡No os dejéis arrastrar por una locura semejante! ¡Todos vosotros sabéis, por haberlo oído, que en el curso de viajes tan prolongados como el nuestro suelen producirse fenómenos tan extraños como éste! ¡Yo no vi nada en la pantalla! ¡Fui el único, debido a mi aislamiento de vosotros, que no padecí esa alucinación!

—¡Nos está usted llamando locos, capitán! Pero no se saldrá con la suya. Cuando estemos en ese planeta —en realidad ya nos dirigimos hacia él—, veremos quién tiene alucinaciones.

Capítulo VI

LA astronave tembló, como sacudida por una fuerza externa que la detuviese, y Streman, atado sobre su lecho, se percató de que el «Ganimedes» debía haber aterrizado. ¿Dónde?

Se le erizaron los cabellos sobre la cabeza al imaginar el espantoso lugar donde sus hombres podían haber llevado el hermoso navío del espacio. Llevaba, gobernando el «Ganimedes» diez años y lo amaba como a una cosa propia, como a algo fuera del cual su vida no tuviese objeto alguno.

Oyó los pasos precipitados de los otros y sus voces y sus risas. Luego, desamparado y tremendamente solo, esperó pacientemente que le descubriesen, con los ojos bajos y la expresión avergonzada, la barbaridad que habían cometido.

—Pronto se darán cuenta de que no era más que una enfermedad pasajera de sus mentes excitadas —dijo a media voz—. Volverán a mi lado deseosos de que les perdone. Y lo haré, olvidando todo lo que ha ocurrido, porque lo que me interesa es volver cuanto antes al Sistema y abrazar a mi esposa y a mi pequeño Charles…

La idea de volver a ver pronto a su familia, después de aquellos interminables cinco años de viaje, le inundó de radiante felicidad.

Hasta que se abrió la puerta.

Temeroso, con los ojos bajos —¡tal y como lo había imaginado momentos antes!—, Curmant, el astrobiólogo, estaba allí, sin atreverse a atravesar el dintel de la cabina de su capitán.

El rostro de éste se iluminó con una sonrisa de triunfo.

¡Estaba seguro de que aquello ocurriría!

—Pase, Curmant; pase, amigo mío.

El otro lo hizo, precipitándose entonces para quitar las ligaduras que sujetaban las muñecas y tobillos de Streman.

—No tiene que excusarse, Curmant; lo comprendo todo.

El otro le miró con los ojos muy abiertos, sin decir palabra.

Y el capitán, seguro de su triunfo, le miró sonriente, dándole unos golpecitos amistosos en la espalda.

—¿Y los otros? Esperan en el salón, ¿verdad? Nos iremos en seguida…

Los labios del astrobiólogo temblaron visiblemente antes de decir:

—SE HAN IDO, CAPITÁN.

—¿Dónde?

—CON ELLAS. YO TAMBIÉN IBA A IRME CON MI DAMA AZUL, pero me pareció inhumano el dejarle aquí, sin que gozase de la compañía de una de esas maravillosas muchachas. La DAMA NEGRA PARECE DECIDIDA A SALIR CON USTED, SEÑOR

Streman se revolvió como si le hubiese picado un insecto.

—¿Cómo? —aulló—. ¿Es que seguís locos como antes?

Curmant sonrió con un gestó de conmiseración sincera.

—Sígame, señor; se lo ruego.

Pasaron al salón y Streman se dio cuenta ele que la escotilla estaba abierta. Un aire fresco entraba del exterior.

«Es posible que hayan encontrado un planeta con condiciones climatológicas y atmosféricas normales» —pensó.

Se acercó a la escotilla —que era como la amplia puerta de un avión de pasajeros—. Un árido desierto se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Dónde han ido esos locos? —inquirió el capitán—. ¿Dónde?

—CON ELLAS, SEÑOR. FÍJESE EN LAS DOS QUE NOS ESPERAN: LA AZUL ES LA MÍA. ¿LE GUSTA, MI CAPITÁN?

Streman, con un estremecimiento de horror, recorrió el sereno y terrible paisaje que rodeaba al «Ganimedes». Ni una sombra de presencia se veía por lugar alguno.

—Yo me voy, señor; con permiso. Compréndalo…

Y bajó la escalerilla, sonriente, con una expresión de emoción que sobrecogió a Streman.

Luego, en el suelo, extendió una mano, COMO SI COGIESE LA MANO DE UNA PERSONA INVISIBLE. Un poco más allá, cuando se hubo alejado, se volvió, sonriendo beatíficamente a Streman y entonces,

soltando la mano que creía llevar en la suya, colocó el brazo COMO SI ACABASE DE COGER POR LA CINTURA A LA INVISIBLE CRIATURA QUE CREÍA A SU LADO…

Apoyado en el borde de la puerta metálica, Streman se quedó parado, sin aliento, dándose cuenta de que había perdido lamentablemente la partida.

Luego, súbitamente, dispuesto a hacer volver a sus hombres DE UN HORRIBLE PELIGRO QUE NI SE ATREVÍA A CONCEBIR, buscó afanosamente en la caja de armas, viendo con horror que no había ninguna y que incluso la que le habían cogido a él había desaparecido.

Decidido, no obstante, a sacar a sus hombres de tan horrenda situación, corrió tras el astrobiólogo, que ya había desaparecido tras unas colinas vecinas.

Mientras recorría la distancia que le separaba de Curmant, pensó, en lo que había leído sobre aquella región del cielo, de la que los viajeros habían descrito horripilantes y desconocidos peligros, que nadie había sabido explicar.

Al llegar a lo alto de la colina, vio a Curmant que seguía en idéntica posición, arrastrado por una maléfica fuerza, que le conducía hacia Dios sabía dónde.

Apretó el paso, manteniéndose a una prudencial distancia del astrobiólogo, dispuesto a jugarse el todo por el todo en cuanto viese algo anormal y a intervenir sin duda alguna cuando encontrase a los otros. Porque estaba íntimamente seguro de que Curmant se dirigía hacia el mismo lugar donde se hallaría el resto de la tripulación del «Ganimedes».

Fue detrás de una de aquellas ondulantes colinas dónde descubrió la verdad.

Tan horrorosa, tan alucinante, que se quedó parado, con los cabellos erizados, temblando de todo su cuerpo, al compás de unos estremecimientos espantosos.

De los otros, apenas quedaba nada.

En cuanto al astrobiólogo, un GRUPO DE GUSANOS ENORMES, DE GIGANTESCAS CABEZAS ANTROPOMORFAS, LO ESTABAN DEVORANDO GLOTONAMENTE.

Y lo verdaderamente fantástico era que Curmant, cuyos brazos habían desaparecido casi totalmente, al igual que las piernas, seguía sonriendo tan beatífica y estúpidamente como cuando creyó alejarse del «Ganimedes» DE LA MANO DE SU MARAVILLOSA DAMA AZUL.

Capítulo VII

HABLA cerrado la escotilla y pasó, nunca sabría cuánto tiempo, echado sobre su propio lecho, llorando como jamás lo había hecho.

Poseía ahora la solución y la respuesta a todos los misterios y preguntas que se había planteado, y sus dudas habían desaparecido como por ensalmo.

Aquellos horrorosos gusanos, de rostro humano y de costumbres carnívoras, debían poseer una potencia telepática sin precedentes. Y, desde millones de kilómetros, aprovechándose de cierta «debilidad» cerebral de los desdichados tripulantes del «Ganimedes», los habían influido, creando las falsas imágenes de la pantalla de televisión (que no habían sido más que la transposición caprichosa de la estampa de la revista que Lewerson había sacado de la biblioteca de a bordo), empujándoles a llevar la astronave hasta aquel horrible mundo para acabar satisfaciendo las necesidades biológicas de aquellos monstruos.

De nada habían servido sus advertencias y hasta la destrucción del televisor. Las imágenes alucinantes poseían ya una fuerza desbordante y habían encontrado terreno abonado en las mentes de aquellos hombres.

Respecto a la muerte de aquellos desdichados, Streman estaba seguro de que los gusanoides poseían medios para insensibilizar del dolor a sus víctimas, que eran devoradas vivas sin el menor sufrimiento. Algo como el veneno de ciertas avispas del desierto americano, que paraliza los músculos de la presa. Y quizás, en este caso, la risa no era más que una contracción forzosa de los músculos.

Algo así como la horrenda sonrisa tetánica de los humanos…

¡¡¡TENGO QUE SALIR DE ESTE INFIERNO!!!

Su voluntad de vida le sacudió febrilmente, alejándole de todo

aquello que había hecho desaparecer la tripulación de la astronave. Solo en el «Ganimedes» pasaría —¿cómo dudarlo?— unas semanas de horrorosa soledad y alucinantes recuerdos; pero, en cuanto hubiese dejado atrás el mundo frío de Saturno, la base de Júpiter le atraería como algo definitivamente «suyo»; como la hermosa proximidad al tibio contacto de los humanos normales.

Salió de su cabina, veloz, bruscamente, como si tuviese una prisa horrorosa por poner en marcha los potentes motores del «Ganimedes» y perder de vista aquel mundo de maldición demoníaca…

En la torreta de mando, dispuso los aparatos automáticos; luego, con la misma fiebre que ponía en todos sus actos, descendió a la sala de máquinas, repasando el estado de las pilas atómicas y preparando los formidables generadores de energía que le permitirían vencer la fuerza gravitatoria de aquel asolado planeta.

Comprobó todo con los labios apretados y los ojos brillantes.

No le faltaba más que calcular la órbita de salida y luego, ya lejos del planeta, obtener la velocidad de escape necesaria para dar el salto en el vacío, hasta las proximidades de Pintón.

Cuando hubo puesto en marcha las pilas, subió las escaleras metálicas, dispuesto a hacer trabajar el cerebro electrónico del salón, que le darla los cálculos necesarios en un par de segundos.

Llegó al salón.

Entonces, sin motivo aparente, se acercó a una de las ventanillas, asomándose curiosamente al exterior.

ELLA ESTABA ALLÍ…

Era la DAMA NEGRA, de la que le había hablado Curmant. Le sonreía graciosamente y movía su ondulante cuerpo con un donaire extraordinario.

Y le sonreía, invitándole, con gestos graciosos, a que fuese con ella.

Streman volvió la cabeza, fijando una mirada angustiosa en el cerebro electrónico.

«Estaré un poco con esa criatura… Podré salir antes de que se haga de noche».

Abrió la portezuela y bajó apresuradamente la escalerilla.

ELLA SE LE ACERCÓ Y EL CAPITÁN EXPERIMENTÓ LA MÁS DELICIOSA SENSACIÓN QUE JAMÁS HABÍA SENTIDO.

La cogió de la mano, alejándose hacia las colinas.

Luego, un poco más lejos, PASÓ EL BRAZO POR LA CINTURA DE ELLA, SINTIENDO QUE SU CORAZÓN LATÍA ALBOROZADORAMENTE

Y QUE UNA FELICIDAD SIN LÍMITES LE INUNDABA EL ALMA…

FIN

NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA

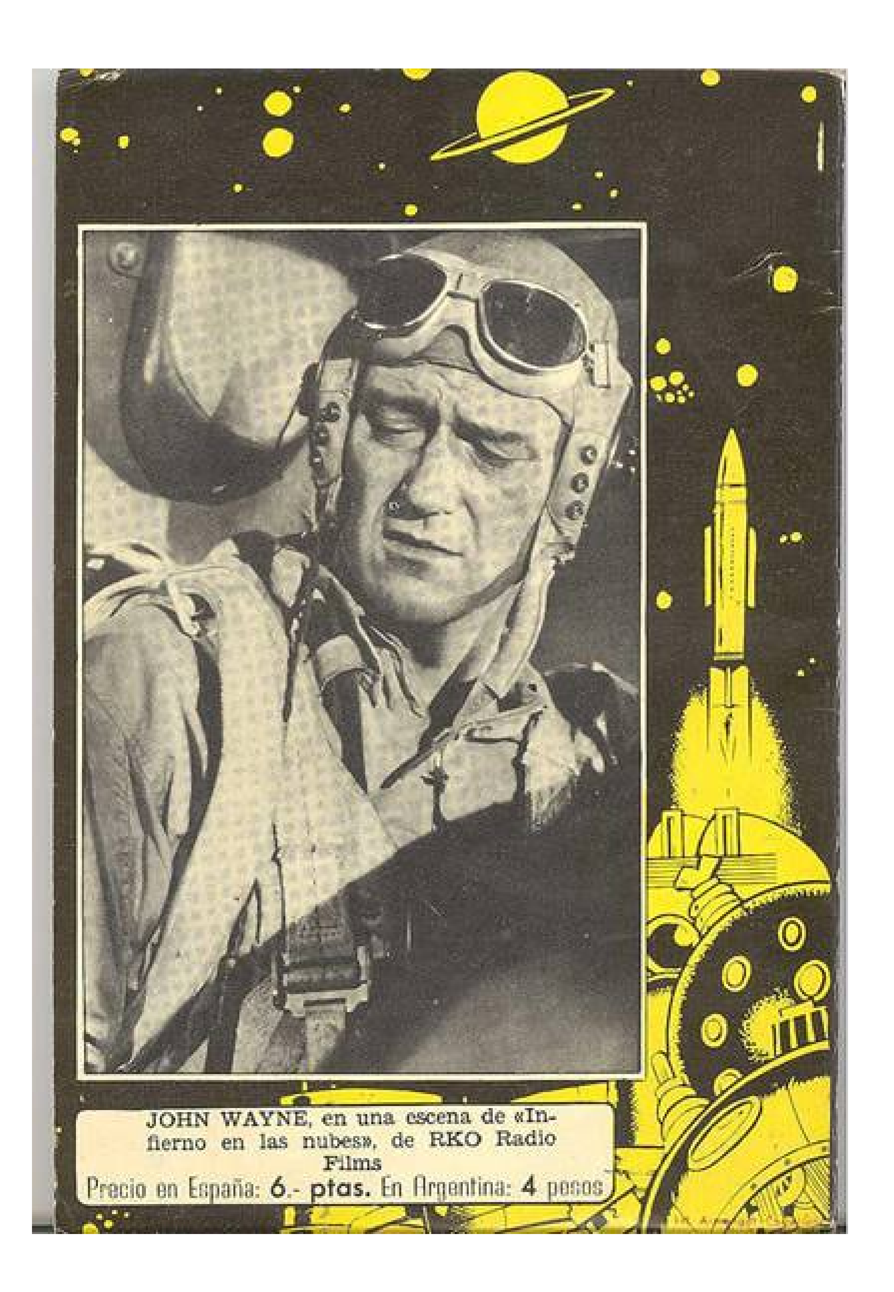


—El regalo que nos ha mandado tu tía de Caracas podrá ser muy decorativo, pero, francamente, ¿qué vamos a hacer con él?

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

43. — Guerra de universos. — H. S. Thels
44. — Peste de plata. — Clark Carradas
45. — Nosotros, los marcianos. — Lavo Space
48. — Volver a empezar. —H. S. Thels
47. — ¡No salgamos al espacio! —Law Space
48. —Las blancas nubes de Venus. — Clark Carradas

43. — La tiranía de los robots. — Law Space
50. — Intriga en el cosmos. —Red Arthur
51. — Ha nacido un satélite. — Clark Carradas
52. — Bajo la capa mortal. — S. S. Kent
53. — El pueblo oculto de Kon-Tiki. — E. Texeira
54. — La palanca del tiempo. — Law Space
55. — Las estrellas nos atacan. — Clark Carradas
56. — Los esclavos de Silón. — Red Arthur
57. — Materia negativa. —H. S. Thels
58. — La pesadilla de los hipogeos. — Law Space
59. — ¡Se acaba la elíptica! — H. S. Thels
60. — Una princesa de Sirio. — Clark Carradas
61. — Vagabundos del infinito. —Red Arthur
62. —La launa del Espacio. — H. S. Thels
83. — Conflicto estelar. — Clark Carradas
64. — La bestia informe. — Law Space
65. — Memorias de una máquina. — Clark Carradas
66. — Mensaje al Universo. — Louis G. Milk
87. — ¡Voces en el Espacio! —H. S. Thels
88. —Revolución en el Sistema. — Clark Carradas
88. — El juego de la muerte. — Red Arthur
70. — Policía sideral. — Clark Currados
71. —Invasores de la Tierra. — Johnny Garland
72. — Extraños en la Luna. — Eduardo Texeira
73. — Un yanqui en la corte del rey Marciano. — Law Space
74. —El planeta perdido. — Louis G. Milk
75. — El oro de las estrellas. — Clark Carrados
76. — La guardia del tiempo. — Louis G. Milk
77. — Vampiro estelar. — H. S. Thels



JOHN WAYNE, en una escena de «Infierno en las nubes», de RKO Radio Films